



Uptc
Universidad Pedagógica y
Tecnológica de Colombia

LA COLOMBIANIDAD DE FERNANDO VALLEJO

Una diatriba incesante en *La Virgen de los sicarios*

**Tesis para optar al título de Maestría
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia
Maestría en Literatura**

Presentada por:
Mauricio González Roballo

Tunja
26 de marzo de 2020



Uptc
Universidad Pedagógica y
Tecnológica de Colombia

LA COLOMBIANIDAD DE FERNADO VALLEJO
Una diatriba incesante en *La Virgen de los sicarios*

Tesis para optar al título de Maestría
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia
Maestría en Literatura

Presentada por:
Mauricio González Roballo

Dirigida por:
Mario Alberto Domínguez Torres
Dr. en Literatura Universidad de los Andes

Tunja
26 de marzo de 2020

Resumen:

La presente investigación explora en *La Virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, la relación entre el concepto de diatriba, el espacio narrativo, la violencia, la pobreza y la religión; en la construcción del concepto de colombianidad en la novela. Mi lectura parte de tres ideas específicas. La primera se centra en la diatriba como la forma en la que se presenta el discurso de la novela, la segunda se refiere al espacio narrativo como elemento fundamental del comportamiento social y por último, se presenta la propuesta crítica que el autor pone en tensión en su narrativa, en la que cuestiona elementos culturales, históricos, políticos y sociales; a partir de tres regímenes de colombianidad concretos: la pobreza, la violencia y la religión.

Palabras clave: Fernando Vallejo, colombianidad, diatriba, Nación, violencia, pobreza, religión.

AGRADECIMIENTOS

Este proyecto investigativo no hubiera llegado a su término, de no haber sido por el apoyo y la paciencia de las personas que aquí evoco:

A mis padres que me dieron el ejemplo de esfuerzo y dedicación, elementos esenciales para tener una vida apacible y exitosa. Gracias viejos por sus esfuerzos. A mi amada esposa Esperanza, que tuvo que aguantar verme inmerso en libros, copias y apuntes por muchas horas en las que sin querer ignoraba su magnífica presencia. Gracias amor por estar siempre a mi lado. A mis hijos Katalina y Alejandro, ofrecerles mi dedicación como ejemplo de vida para que sigan el camino disciplinado del estudio y tengan una vida llena de felicidad y empatía. A mis hermanos, que dedicados a la ardua labor que tiene el sector de la salud, atienden con amor a esta sociedad colombiana que tanto necesita de ellos. Al profe Mario, por leer tan juiciosamente mis escritos, por su paciencia en mi lento recorrido, por su elevada ética profesional y por haberme brindado las herramientas para mejorar mi escritura, así como el ejemplo de cómo debe ser un buen profesor.

Nota de aceptación

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

Firma del jurado

TABLA DE CONTENIDO

FERNANDO VALLEJO, UN IRREVERENTE PATRIOTA	7
1 PLANTEAMIENTO DISCURSIVO EN <i>LA VIRGEN DE LOS SICARIOS</i>	15
1.1 La diatriba en <i>La Virgen de los sicarios</i> : Un discurso de censuras e ideales	16
1.2 El <i>ethos</i> en <i>La Virgen de los sicarios</i> : El discurso	22
1.3 Un discurso de varias voces: El plurilingüismo en <i>La Virgen de los sicarios</i>	30
2. EL ANTES Y EL AHORA DEL ESPACIO EN <i>LA VIRGEN DE LOS SICARIOS</i>	36
2.1 De los recuerdos edénicos de Medellín al regreso caótico a una ciudad desconocida.	37
2.2 Una escritura desde el exilio	43
2.3 En la capital del odio hay espacio para el amor.	46
3. POBREZA, VIOLENCIA Y RELIGIÓN: REGIMENES DE COLOMBIANIDAD EN <i>LA VIRGEN DE LOS SICARIOS</i>	52
3.1 Hacia una idea de colombianidad	54
3.2 Matar la pobreza, una alternativa bio-política en <i>La Virgen de los sicarios</i>	56
3.3 La violencia como representación histórica de los imaginarios de colombianidad.	61
3.4 El discurso religioso de Fernando	68
“BUENO PARCERO, AQUÍ NOS SEPARAMOS, HASTA AQUÍ ME ACOMPAÑA USTED” (Fernando)	76
BIBLIOGRAFÍA	81

FERNANDO VALLEJO, UN IRREVERENTE PATRIOTA

¿Pero por qué me preocupa a mí Colombia
si ya no es mía, es ajena?
(*La Virgen de los sicarios*, p. 9)

Una de las cosas que más llama la atención en la obra de Vallejo es que, a pesar de haber renunciado a su nacionalidad, Colombia se convirtió en su motivo literario. Tanto en sus recuerdos personales como en su postura crítica, el escritor paisa hace un repaso de las problemáticas sociales, políticas y económicas que soporta el país del sagrado corazón de Jesús. No obstante, es necesario comprender que las interpretaciones que se hacen de la sociedad colombiana dependen de los acontecimientos de cada época, es decir, que la identidad de una sociedad determinada no se presenta como un concepto estático que define a todas las generaciones que la conforman, sino que este concepto presenta cambios según las variables de los comportamientos sociales a través del tiempo. Por consiguiente, el análisis de este proyecto se ubica en la época que la novela relata, es decir, aquella en la que el narcotráfico dejó sus marcas violentas en el pensamiento colombiano. Por lo tanto, el sustento teórico de la presente investigación se inclina hacia el concepto de regímenes de colombianidad que Santiago Castro-Gómez propone en su libro *Genealogías de la colombianidad* (2008) para analizar las diferentes formas de construir una idea colectiva de identidad y así abordar la construcción de Nación. Así, el análisis se direcciona hacia la forma como la narrativa de la novela configura un tipo de colombianidad a partir de los rasgos socio-culturales que se presentan en ella. Del mismo modo es imprescindible señalar cómo interviene la postura ético-cognitiva del autor en el discurso crítico que subyace en el uso del material (Bajtín, 1989) a partir de otras definiciones de la diatriba y la importancia del espacio (Medellín - Colombia) como motivo narrativo para el desarrollo la historia.

De acuerdo a lo anterior, la propuesta investigativa surge de la siguiente pregunta ¿cómo se representa la visión de colombianidad de Fernando Vallejo en su novela *La Virgen de los sicarios*? Con ello, se desea aportar una visión diferente a los problemas que la novela plantea, en la medida que las temáticas como la diatriba, el espacio ficcional, la pobreza, la violencia y la religión son analizadas en conjunto para establecer relaciones entre ellas en la estructuración de un concepto de colombianidad en la novela. De tal modo que el aporte crítico

radica en el análisis de estas temáticas en pro de la construcción de un imaginario de colombianidad indeseada, que el narrador de la novela propone exterminar para iniciar un nuevo proyecto de Nación.

A partir de la pregunta de investigación se plantearon tres premisas básicas para abordar la idea de colombianidad en la narrativa de la novela de Vallejo. La primera premisa sustenta que el uso del lenguaje de la narración se basa en la diatriba como una herramienta discursiva del relato, pues se analizan formas clásicas de dicho concepto con el fin de aportar un análisis desde la discursividad de la novela, que vaya más allá del lenguaje agresivo usado por Vallejo. La segunda premisa se dirige hacia la construcción ficcional del espacio narrativo como base del relato crítico de la novela. Y una última premisa plantea la pobreza, la violencia y la religión como componentes de una identidad arraigada y heredada en la construcción del concepto de colombianidad. Por consiguiente, la presente investigación se divide en tres capítulos los cuales se basan en las tres premisas anteriormente expuestas. El primer capítulo se enfoca en analizar la novela a partir de la profundización de tres aspectos fundamentales para el estudio del lenguaje literario usado en *La Virgen de los sicarios*. En primera medida se explicará las diferentes acepciones que tiene el concepto de diatriba descritos por Ferrater (2001) y Oliver (2004) en función de la narrativa de la novela. En segunda medida se presentará el concepto de *ethos* expuesto por Maingueneau (2002) desde tres ideas claves: la primera presenta el *ethos* como una noción discursiva que vive solo en la palabra y es ajena a la imagen del locutor; la segunda plantea una influencia sobre el otro a partir del lenguaje y la tercera expone una noción socio-discursiva en la que la comunicación debe estar ligada obligatoriamente a una coyuntura socio-histórica determinada. Las anteriores ideas sobre el *ethos* se orientarán hacia el análisis del lenguaje como hecho discursivo en la novela. Por último y en tercera medida, se hablará del plurilingüismo expuesto por Bajtin (1989) desde la idea de que el hablante en la novela es esencialmente un hombre social y por lo tanto su palabra también es social y no un dialecto individual, en la medida que la novela es la diversidad social del lenguaje que se organiza artísticamente y, además, se estratifica según dialectos, argots, género, generaciones, etc. (Bajtín, 1989, p. 81). Así, el primer capítulo estará enfocado en el análisis del material (lenguaje) en la construcción del discurso literario de la novela. Del mismo modo, el lenguaje de la narración,

será la vía de análisis de la ficcionalización de Colombia, pues como espacio novelado, es allí donde se desarrolla la trama de la historia.

En el segundo capítulo, el espacio narrativo será estudiado desde el binomio pasado-presente, que es la forma como se teje la historia en la novela. A partir del análisis espacial, se profundizará en la relación que Fernando mantiene con Medellín y con el país. Los lugares que el narrador describe (Santa Anita, Sabaneta. La cantina Bombay y las montañas) se estudiarán desde tres enfoques diferentes. El primero se refiere a la relación entre el pasado nostálgico y el presente caótico. El segundo se analizará a partir del sentimiento de exilio que vive el personaje en su propia ciudad ya desdibujada y cambiada. Por último, el espacio será visto como el lugar para el amor, Medellín se convierte poco a poco en el escenario propicio para intentar sobreponer el amor al odio. Así pues, el espacio constituye un elemento esencial en el comportamiento del personaje, la base para el desarrollo del discurso crítico y la configuración de una identidad social. Por ello, tanto la diatriba como el análisis del espacio son elementos necesarios para la construcción del discurso de colombianidad que se desarrollará en el tercer capítulo. Pues el primero orienta la discursividad del relato, mientras el segundo especifica el espacio que se va a intervenir críticamente.

De acuerdo a lo anterior, el tercer capítulo desarrollará la idea de colombianidad a partir de dos conceptos teóricos, el primero es planteado por Santiago Castro-Gómez como regímenes de colombianidad, así se abre el análisis de identidad hacia las diferentes formas de construir la idea de un “nosotros”, pues no se habla de una sola identidad única e inamovible, sino que existen varias formas de identidad que suman al colectivo Nacional. En segundo lugar se encuentra el concepto de biopolítica planteado por Michel Foucault (2007), en el que se expone la idea de una política direccionada al mejoramiento biológico de los sujetos a partir de condicionamientos en el comportamiento social como el control natal, la salubridad, las relaciones sociales, las epidemias, etc. El planteamiento biopolítico que se presenta tiene una relación directa con la eugenesia, en la medida que busca seres con mejores desempeños. Visto lo anterior en el análisis de la novela, en ella se promueve un cambio total de raza, lo cual pretende eliminar la sociedad que deformó a Colombia. En los márgenes de los anteriores conceptos se analizarán tres regímenes de colombianidad en *La Virgen de los sicarios*, la pobreza, la violencia y la religión, estos elementos se ficcionalizan en la novela como una cadena

de acontecimientos en los que la pobreza engendra a la violencia y la violencia se respalda en la fe religiosa. Los regímenes están asociados a una identidad colombiana que en la novela se evalúa como el resultado de un proceso de deformación social, el cual ya se venía gestando en los inicios de la Nación.

EL ESCRITOR

Luis Fernando Vallejo Rendón, nació en Medellín el 24 de octubre de 1942 en el regazo de una familia tradicional conservadora. Su obra contiene ensayos, novelas, biografías y guiones cinematográficos; con lo que se puede decir que es un escritor polifacético, pues ha incursionado en varios planos de la escritura. Su estilo le ha permitido el reconocimiento literario y cinematográfico con premios como el Rómulo Gallegos en 2003 por su novela *El desbarrancadero* (2001) y el premio Ariel por sus películas *Crónica roja* (1979) y *En la tormenta* (1981). En su faceta pública como escritor ha mezclado su narrativa con sus discursos orales en el recibimiento de premios y ferias del libro, así ha obtenido una imagen de contestatario, ya que su discurso polemiza con ideales sociales como la vida, la reproducción, la familia, etc. y repetitivo, porque su constante diatriba gira en torno a las problemáticas socio-políticas y culturales de Colombia, tanto así, que se le suele relacionar con los personajes de sus novelas. Abiertamente homosexual y amante de los animales es uno de los escritores más representativos de las letras colombianas y a pesar de haber renegado de su nacionalidad colombiana y adquirir la nacionalidad mexicana, es un escritor que en su obra devela un sentimiento contradictorio de amor y dolor por Colombia.

Ahora bien, en el ámbito netamente literario, Vallejo propuso un estilo, tal como lo presenta Juanita Aristizábal (2013), a contra corriente. Enemigo público de la narración en tercera persona, se ubica en la otra orilla del Boom literario y en especial del realismo mágico de García Márquez. En su escritura se evidencia una verbosidad agresiva y grosera con la que, a partir de impropiedades, cuestiona los discursos hegemónicos que se han institucionalizado en el estado como la iglesia católica, la familia, los medios de comunicación, etc. Criticando a la Nación por sus vicios y defectos, ajeno a la ilusión de un mundo antediluviano que recrea la

fantasía de “El Dorado”. Sucesor por antonomasia de Vargas Vila, emula la diatriba¹ con la que compone sus novelas. En síntesis, el estilo literario poco convencional que Vallejo desarrolla en su obra, ofrece al campo literario colombiano y latinoamericano otra forma de concebir la prosa ficcional.

Vallejo inicia como pocos escritores su recorrido literario. Si bien los poetas escriben su arte poética durante su proceso creador, como Borges o Allan Poe, Vallejo escribió *Logoi: una gramática del lenguaje literario* (1983) al inicio de su práctica de escritura, en el que desarrolla un estudio lingüístico y filológico de la prosa. A contrapelo de la crítica literaria que pondera al escritor desde la originalidad, Vallejo sustenta una crítica del hacer literario desde los lugares comunes, la fórmula elaborada de la escritura y el cliché de temáticas con las que tradicionalmente se escribe la literatura. Con este texto teórico, el escritor paisa comienza su proceso de creación en busca de su estilo.

Luego de plantear la base teórica para su escritura, Vallejo inicia su obra en la que aparecen las biografías de Porfirio Barba-Jacob (1984), José Asunción Silva (1995) y Rufino José cuervo (2012), con las que demuestra su capacidad para diversificar su escritura. En estas biografías evidencia su alto grado de investigación y pone en juego varios componentes que él desarrolla en su narrativa como lo es la narración en primera persona, tal como lo hace en la biografía de Silva. Igualmente hace alarde de su capacidad argumentativa con su producción ensayística, en la cual hace un repaso de sus conocimientos en biología con *La tautología darwinista* (2002) hasta su crítica histórica de la iglesia católica en *La puta de Babilonia* (2007).

En el plano de la prosa narrativa, Vallejo suelta su pluma para hacer un recorrido ficcional de su autobiografía en *El río del tiempo* (1985-1993) en esta composición de cinco novelas narra sucesos que van desde su infancia hasta su madurez, en la que revela su relación nostálgica con la finca Santa Anita, su amor por el cine, sus años de soledad y juzgamiento por su condición homosexual y parte de su vida en México. Un año después de haber terminado su pentalogía, publica *La Virgen de los sicarios*, novela que marca un hito en la historia de la narrativa del narcotráfico, pues escribe sobre el tema no para repetir los hechos violentos de

¹ En el caso especial de este análisis que aborda *La Virgen de los sicarios* (1994), la forma composicional desde la diatriba tendrá un énfasis específico en el desarrollo del primer capítulo.

dicha época, sino para hacer una valoración crítica de la sociedad colombiana. La novela ocupa un lugar preponderante en la obra de Vallejo, debido a que hace visible al escritor en el campo intelectual (Bourdieu 2002) colombiano, reconocimiento que crece gracias a la adaptación al cine de la misma por el cineasta Barbet Schroeder (2000). Fernando Vallejo, un escritor maduro que inicia su apuesta de escritura pasados los cuarenta años, encuentra su espacio en el campo de las letras nacionales ya próximo a sus cincuenta años, lugar que logra después de hacer un recorrido creativo en la búsqueda de su estilo. Ya con el prestigio de la crítica colombiana y extranjera, el escritor paisa recibe el premio Rómulo Gallegos en el año 2003 con su novela *El desbarrancadero* (2001), distinción que terminó por ubicar a Vallejo como uno de los mejores escritores de habla hispana². Consolidado en el campo literario, Vallejo recorre temas como la muerte en las novelas *La rambla paralela* (2002) y *El don de la vida* (2010). La memoria, herramienta fundamental de su narrativa en general, es la base compositiva de novelas como *¡Llegaron!* (2015) y *Memorias de un hijueputa* (2019).

LA VIRGEN DE LOS SICARIOS

Ahora bien, *La Virgen de los sicarios*, novela que es objetivo de análisis de esta investigación, relata la historia de un viejo de edad incierta llamado Fernando que se autoproclama como el último gramático de Colombia. La narración inicia con la llegada de este sujeto a Medellín justo en el declive de los carteles del narcotráfico, causado por la muerte de Pablo Emilio Escobar. Entonces se da cuenta que todo ha cambiado en relación con la ciudad que dejó hace ya varios años. Lo primero que encuentra es que la violencia que él conocía entre liberales y conservadores cambió hacia una violencia nacida del narcotráfico, la cual llenó de sicarios a la ciudad que antaño fuera la de la eterna primavera y ahora la capital del odio, tal como la rebautiza Fernando.

En la casa de su amigo José Antonio, el gramático conoce a Alexis, un joven sicario con el que inicia un amor desquiciado. Con él recorre Medellín e inicia una suerte de retrospectivas en las que compara los espacios de su pasado con los del presente. En el constante vaivén de

² En el artículo titulado: Las mejores 100 novelas de la lengua española en los últimos 25 años, publicado por la revista semana el 24 de marzo de 2007, un grupo de 81 expertos (entre editores, escritores y críticos literarios) encuestados por la revista determinó que tanto *El desbarrancadero* (2001) como *La Virgen de los sicarios* (1994) debían estar en el selecto grupo de grandes obras de lengua Hispana por su originalidad y calidad literaria.

recuerdos Fernando descarga toda su rabia hacia Colombia en una sucesión de improperios con los que critica la descompuesta sociedad colombiana. En los recorridos que el viejo hace, encuentra que los espacios en los que fue feliz en su infancia, la finca Santa Anita, Sabaneta y las montañas desaparecieron, murieron con la expansión arquitectónica que tuvo la capital Antioqueña. Los espacios cambiados lapidaron su pasado y solo le queda la memoria para reconstruir su antigua vida.

A parte de la tristeza que le generó a Fernando su encuentro con una ciudad ajena a la que dejó en su partida, se le suma la muerte de su joven amor. Alexis es asesinado por Wilmar en un ajuste de cuentas. Este sicario que mata al “ángel exterminador” se convierte en el segundo amor de Fernando, este sin saber se ilusiona y desea hacer una vida nueva con este muchacho. Cuando se entera que Wilmar fue quien mató a Alexis intenta dispararle, pero llega a su mente la siguiente revelación: “Entonces descubrí lo que no sabía, que estaba infinitamente cansado, que me importaba un carajo el honor, que me daba lo mismo la impunidad que el castigo, y que la venganza era demasiada carga para mis años” (*La virgen*, p. 133) y así debía ser, porque después de la diatriba hacia la violenta sociedad colombiana, él no podía transformarse en uno más de la monstruoteca (*La Virgen*, p. 75). Así que decide perdonar. Sin embargo la ciudad maldita le arrebató también a su Rey Herodes, como le decía a Wilmar. Ya cansado y con el alma rota decide irse de Medellín, para siempre.

Esta novela tiene la particularidad de enfrentar al lector a una historia sencilla relatada con una prosa agresiva que llama la atención por ser atípica en la literatura colombiana. En el subtexto de esta verbosidad grosera se camufla la intención del autor, la cual consiste en hacer una valoración crítica de la sociedad colombiana. El lenguaje social, tal como lo expone Bajtín (1989), permite ver en la novela una intención trasgresora de la palabra, pues busca, sin ninguna clase de eufemismos, evaluar las problemáticas sociales. La palabra se afianza en el relato con un tono agresivo el cual ha merecido análisis como el de Fernando Díaz Ruiz (2013) en el que evalúa la procacidad del lenguaje en la obra de Vallejo desde los puntos en común que tiene este escritor con Vargas Vila y ubica a ambos autores como maestros de la diatriba por su atrevida prosa y su descarnada crítica social. Por otro lado, la violencia ha sido el foco de análisis como el propuesto por José Manuel Camacho (2013) quien ubica esta temática en las situaciones

criminales provocadas por el narcotráfico y en una lectura, quizá muy ligera, Camacho afirma que “la novela puede ser leída como un nuevo vademécum sobre la violencia [...]” (p, 221). A esta postura se le contrapone el análisis que Brenda Morales Muñoz (2013) hace sobre la violencia urbana presente en la novela y en una apreciación más acertada establece que: “En esta novela no se trata de concederle la voz a los desvalidos, sino de dar a conocer y reflexionar sobre los problemas a los que se enfrentan estos criminales de corta edad” (p, 270). De este modo la recepción del tema de la violencia tiene puntos divergentes en los que se puede evaluar el relato desde lo superficial y anecdótico de los hechos de la historia o darle matices e interpretaciones sobre la intención del autor a la hora de evaluar el tema desde otras problemáticas sociales como lo es la pobreza o la falta de garantías para el emprendimiento. Así mismo, se encuentran interpretaciones de la novela desde temáticas como la homosexualidad (González, 2013). El ataque a la religión (Ortegón, 2013). Vallejo como escritor maldito (Díaz, 2013). Y en uno de los estudios más citados, Diana Diaconu (2013) ubica la obra vallejana en el género autoficcional, poniendo en aprietos a parte de la crítica, pues la relación entre la vida del autor y lo revelado por el personaje en las novelas, confunden la evaluación entre lo novelístico y lo autobiográfico; por eso se presentan casos como el de María Mercedes Jaramillo (2013) en el que plantea que “Vallejo se representa como un anciano homosexual de conservadoras costumbres y de espíritu elitista [...]” (p, 81) en esta lectura, Jaramillo mezcla al autor con el personaje; con ello desplaza la ficción narrativa hacia el plano autobiográfico del autor.

1 PLANTEAMIENTO DISCURSIVO EN *LA VIRGEN DE LOS SICARIOS*

La tradición literaria en Colombia ha tenido como motivo de escritura la idea de contar nuestras desdichas y hacer del arte literario un medio para reflejar, representar, interpretar y criticar la violenta realidad nacional, tratando siempre de narrar la fragmentada historia colombiana desde formas y estéticas distintas. Por ejemplo, Álvaro Cepeda Samudio en su novela *La casa grande* (1962) narra, desde las situaciones internas de una familia, los acontecimientos desdichados que vivió la población del Magdalena con el conocido suceso de la masacre de las bananeras. Por otro lado, Gustavo Álvarez Gardeazábal hace con su novela *Cóndores no entierran todos los días* (1972) un relato en el que cuenta la problemática de la violencia del bipartidismo colombiano. Otro ejemplo es sin duda la reconocida novela de Gabriel García Márquez *Cien años de soledad* (1967) en la que el nobel de literatura, a partir de los sucesos acontecidos a la familia Buendía, relata la historia colombiana como una estirpe condenada a la soledad. Justamente dentro de esta tradición literaria, hacia la década del 80, aparece Fernando Vallejo, un irreverente escritor con una propuesta de lenguaje literario que llamó fuertemente la atención de la crítica. A partir de una estética agresiva, violenta y grosera, estableció una forma particular de concebir la literatura. Muy al estilo de Vargas Vila, su interés literario es, a partir de la ficción, recrear problemáticas sociales. El uso de la primera persona es usada con la intención de establecer un contacto directo entre el narrador y el lector, además, es la voz que critica abiertamente, con un tono altanero y escueto, los vicios sociales de Colombia. Erna von der Walde (2000) dice que la fuerza narrativa de Vallejo radica fundamentalmente en la operación del lenguaje. Esta relación se establece desde la necesidad de comunicar un mundo que se vuelve incomunicable, todo a través de la jerga particular del sicario. Del mismo modo, Elsy Rojas (2003) plantea sobre *La Virgen de los sicarios* que el uso de la oralidad permite el abordaje de la novela desde lo local, es decir, desde el lenguaje de la violencia que representan los jóvenes asesinos en un espacio determinado llamado Medellín. Por último, Fernando Díaz Ruiz (2013) establece que la diatriba, como forma grotesca y provocadora del lenguaje, es utilizada por el narrador vallejiano como un recurso discursivo a la hora de atacar las diferentes instituciones de la Nación. Estos tres casos coinciden en que el lenguaje particularmente violento de *La Virgen de los sicarios* es importante para el análisis objetivo de la novela. Por tal razón, la propuesta de estudio del presente capítulo se enfoca en profundizar sobre el uso del lenguaje. Más allá de la forma provocadora como se escribe la novela de Vallejo, el análisis se orienta

hacia el discurso novelesco visto desde las diferentes acepciones filosóficas que tiene la diatriba. Además permite profundizar en otro aspecto del lenguaje que es el *ethos*, pues comparte con la diatriba una noción discursiva. El *ethos* plantea la influencia sobre el otro a partir del uso persuasivo del lenguaje y se hace necesario ahondar en dicho concepto para ver objetivamente la intención crítica de la novela. Por último, es importante ver cómo el uso del lenguaje en *La Virgen de los sicarios* interviene en la función social de la literatura, es decir, desde el concepto del plurilingüismo planteado por Bajtín, en el que el narrador de la novela está constituido por varios discursos socio-políticos que se integran en una sola voz, la del gramático. En otras palabras, el análisis de los conceptos de la diatriba, el *ethos* y el plurilingüismo tiene como propósito indagar sobre el uso particular del lenguaje en *La Virgen de los sicarios*, tanto como efecto discursivo, recurso literario y portavoz de la crítica social.

1.1 La diatriba en *La Virgen de los sicarios*: Un discurso de censuras e ideales

La forma narrativa que Vallejo presenta en *La Virgen de los sicarios* contiene una relación estructural con la diatriba como género discursivo, en la medida que este concepto se amplía con la definición filosófica de los estoicos y los cínicos que servirán como base teórica para darle una nueva visión a la diatriba en la novela de Vallejo.

En primera instancia, la definición que presenta la RAE establece que la *diatriba* es: “un discurso o escrito acre y violento contra alguien o algo”, definición que ha sido suficiente para hacer algunas lecturas críticas que abordan el problema del lenguaje en la novela, limitándose a la manera injuriosa como Vallejo ubica la voz narrativa de Fernando en *La Virgen de los sicarios*. Es el caso del ensayo de Fernando Díaz Ruiz titulado “Exilio, subversión y diatriba en la obra de Vargas Vila y de Fernando Vallejo”. En él, Díaz hace un paralelo de semejanzas entre estos dos escritores y los define como maestros de *la diatriba* en la medida que el lenguaje de sus obras es ofensivo. Así, cuando se refiere a Vallejo dice que: “La narrativa de Vallejo es igualmente subversiva y escandalosa para muchos [...] se une el ataque continuo de sus textos a los principales valores morales de su país” (2013, p. 428). Después hace una digresión sobre el ataque hacia las madres, la heterosexualidad procreadora y hacia los políticos de turno para concluir diciendo que “Vallejo no se ha mordido la lengua a la hora de criticar a

políticos de la importancia de Fidel Castro, Álvaro Uribe [...]” (p. 431). Así, el autor reduce *la diatriba* meramente al lenguaje soez y provocador de la novela. Sin embargo, la forma discursiva no se agota en aquello de no morderse la lengua a la hora de hablar, por tal razón es pertinente ampliar el análisis hacia otras definiciones que establecen una idea diferente del concepto y de este modo enriquecen el estudio de la novela.

Juan Pedro Oliver Segura en su artículo “Cínicos y socráticos menores” (2004) establece que para los cínicos:

La diatriba es un escrito de mayor extensión, a menudo bajo la forma de carta o de diálogo, en el que el filósofo cínico censura los vicios de sus contemporáneos y, a veces, los de un gobernante concreto, a la vez que expone, por oposición, algunos de sus principios e ideales. (p. 209)

En esta definición se establecen dos polos: por un lado la censura de los vicios de sus contemporáneos y por otro lado la toma de posición a partir de los principios e ideales. Primero la censura crítica hacia la sociedad corresponde a la forma como en la novela se juzgan los valores que se han implantado históricamente en la sociedad colombiana, a partir de una postura de aparente normalización de la violencia. Segundo, la toma de posición desde una perspectiva particular del ideal de una sociedad opuesta a la que se describe en la novela, es decir, pacífica, próspera y moderna. Lo anterior se establece a partir de la sociedad distópica que se describe en el relato, en otras palabras, una sociedad al borde del colapso político, social y económico; en la cual la única alternativa es la eliminación total de la raza humana.

Por otro lado, la idea de diálogo que Oliver Segura plantea resulta pertinente analizarla desde la recepción que tiene la voz de Fernando, tanto en los personajes de la novela como en el lector. Si bien, el diálogo en la novela se presenta entre la voz del gramático y los asesinatos que realizan los sicarios; en los lectores la recepción es dialógica en la medida que la novela le exige a este que evalúe su manera de ver la realidad (tanto histórica como actual de Colombia) confrontándolo ante una narrativa violenta; lo anterior se inscribe en la crítica que la novela le hace a las formas de relacionarnos como sociedad, aquellas que se han mantenido igual y se han traspasado genéticamente. Ahora bien, la noción del diálogo que Oliver presenta, se amplía hacia

la idea de prédicas populares de carácter moral, de este modo Fernando, la voz narrativa de la novela, predica su filosofía de exterminio y su moral se ubica justo en la delgada línea de aceptar como bueno algo que suele ser condenable, es decir, consagrar la violencia como la forma moralmente correcta de solucionar los problemas.

En segunda instancia aparecen los estoicos que presentan “la diatriba como forma de expresión que se propone reproducir las conversaciones sostenidas entre el maestro y sus discípulos” (Ferrater, 2001, p.880). En este caso se presenta la idea de conversación, pero en relación maestro-discípulos, relación que se establece entre Fernando y los sicarios. El gramático es la voz, mientras los sicarios representan la acción. No obstante la idea de maestro no es literal en la novela, pues si bien los sicarios acatan la voz de Fernando como una orden, jamás hay una insinuación directa hacia el acto de matar. Sin embargo Fernando aprueba esas muertes, de modo que en este festín mortuario se presenta un diálogo entre los deseos de Fernando y las acciones de los sicarios.

[...] yo le pregunto una cosa: ¿De quién es el pecado de la muerte del hippie? ¿De Alexis? ¿Mío? De Alexis no porque no lo odiaba así le hubiera visto los ojos. ¿Mío entonces? Tampoco. Que no lo quería, confieso. ¿Pero que lo mandé matar? ¡Nunca! Jamás de los jamases. Jamás le dije a Alexis: “Quebráme a éste”. Lo que yo dije y ustedes son testigos fue: “Lo quisiera matar” y se lo dije al viento; mi pecado, si alguno, se quedó en el que quisiera. (Vallejo, 2011, p. 38)

Cuando Fernando dice “lo quisiera matar” el verbo está conjugado en modo subjuntivo, lo que indica una posibilidad o deseo, mientras la decisión de Alexis representa una acción, una sentencia que se cumple inapelablemente. No obstante, el narrador no muestra un sentimiento de culpa, pues como lo manifiesta en múltiples ocasiones en la narración, aquí no hay culpables.

Otra definición ubica *la diatriba* en el plano del sermón, género de la oratoria propio de lo religioso, y que se desarrolla en la novela de una manera punzante y provocadora

La diatriba no se limita, empero, a una discusión: gran papel desempeña en ella la disertación en forma de sermón, que utiliza toda clase de comparaciones. Como el filósofo habla generalmente contra antagonistas, la “voz” diatriba ha adquirido el

significado de «polémica» que tiene todavía en nuestro lenguaje. (Ferrater, 2001, p. 880)

En esta definición aparecen dos características discursivas que se ven en la estructura narrativa de *La Virgen de los sicarios*, la del sermón y la de la polémica. Sin duda el sermón es una forma particular del relato, en él se desarrolla todo el efecto discursivo denunciante y provocador hacia la institución eclesiástica, pues el sermón está concebido como un género de la oratoria de tema religioso, cuestión que en la novela mantiene la misma función, solo que varía radicalmente hacia un discurso anti-religioso que promueve la secularización y un Estado laico. De este modo el sermón es a su vez la homilía que exhorta a los lectores a sacudir sus valores y su moral frente a la realidad histórica en la que se vive, pues en un país donde la violencia se escuda con la fe, poco y nada aporta el fanatismo religioso en la construcción de una sociedad pacífica y honesta. Por otra parte se encuentra la polémica, característica propia en la recepción de la novela, pues la postura radical de esta narrativa entra en choque con los valores sociales, políticos, religiosos y literarios ya preestablecidos, sin embargo este choque es ambivalente, pues adquiere el favoritismo tanto de los adeptos al discurso nihilista del narrador, como los detractores que sancionan la postura asumida por el autor en la escritura desafiante, irónica, paródica y provocadora de la novela.

Ahora bien, al tener como base un espectro más amplio de *la diatriba* que supera la idea de verbosidad grosera, encuentro que sus definiciones se complementan, pero también se contraponen, si bien nace el término como una conversación entre maestros y discípulos, pronto se verá que tiene una función discursiva asociada más al sermón y a la prédica popular de carácter moral que censura los vicios sociales y que a su vez presenta los principios como ideales de la sociedad. Esta última concepción de *la diatriba* de carácter binario, censura social e ideales, es el hilo conductor que permite comprobar que en *La Virgen de los sicarios*, la diatriba contiene una noción discursiva, debido a que tiene un carácter social y político que supera la idea actual de invectiva a la que se ha reducido esta palabra.

Más allá de que la injuria sea una evidente forma de usar el lenguaje narrativo en la construcción de la historia, es preciso evaluar cómo la diatriba entra a jugar un papel

fundamental en la discursividad del relato de la novela. Así, la función binaria de censura y toma de posición frente a los principios e ideales aparecen en la narrativa en *La Virgen de los sicarios*; esta dualidad consta de una sanción a la sociedad colombiana por la falta de memoria histórica, por repetir patrones de comportamiento que van en detrimento de la sociedad, por reproducir la pobreza, por solo modificar nuestras maneras violentas de morir y ser cómplices de la corrupción política. La censura se presenta en toda la novela con el índice que sentencia la culpabilidad colectiva de una sociedad cómplice de sus desdichas, en esto Fernando es categórico al sentenciar “Y que no me vengan los alcahuetas que nunca faltan con que mataron al inocente por poner música fuerte. Aquí nadie es inocente, cerdos” (Vallejo, p. 32). Así pues, la censura se inserta en el discurso literario para denunciar una problemática social particular que involucra de manera directa al lector con su esfera socio-histórica, haciéndolo culpable por acción, omisión u olvido.

En el otro extremo de esta ecuación binaria aparecen los principios y los ideales ubicados en el pensamiento del personaje. Si bien un ideal compone el supuesto de un mundo utópico, en el caso de *La Virgen de los sicarios* el ideal es un anti-ideal, es decir, desde una solución negativa de los problemas sociales que se atacan en la novela, una solución distópica en la medida que se plantea eliminar al ser humano por ser culpable de los males de la sociedad³. Por ello se presenta la negación de la maternidad, ya que es la multiplicadora de pobreza, la muerte de los vicios sociales, la crítica descarnada contra los políticos y ante tan deteriorada sociedad la única salida es la muerte, así Fernando dice: “¿Estuvo bien este último «cascado» de Alexis, el transeúnte boquisucio? ¡Claro que sí, yo lo apruebo! Hay que enseñarle a esta gentuza alzada la tolerancia, hay que erradicar el odio” (Vallejo, p.48). Así se revela el ideal de limpiar la sociedad de los vicios que le aquejan, sin embargo es la contradicción la que impera en este principio del personaje, pues la violencia es el vehículo para erradicar el odio.

La propuesta del anti-ideal es la que relaciona varias formas de cómo se presenta la *diatriba*, pues el sermón que recorre la novela contiene esa conversación entre maestro y

³ Una de las ideas que plantea el concepto de distopía es la total eliminación de la humanidad. En narrativas de ficción, el ser humano es reemplazado por máquinas o robots. En el caso de *La Virgen de los sicarios*, se hace una sátira a la sociedad colombiana, la cual se describe como “sociedad indeseada” que debe eliminarse. Dicha sátira supone reemplazar una sociedad por otra.

discípulos, es el diálogo entre impulsos y deseos, entre Fernando quien es el que habla y los sicarios que asienten, de este modo la conversación se da entre el pensamiento radicalmente violento de Fernando y la acción libre y espontánea de matar por parte de los muchachitos asesinos. Aquí no se establece que Fernando sea quien les enseña a matar, sino el que concibe la muerte como el fin último de la aniquilación de los vicios de la sociedad colombiana, los sicarios simplemente complacen sus deseos, pues ven en el gramático una figura que los supera, pues no le teme a la muerte, sino que, es más, ha regresado a Medellín con el propósito de morir.

[...] Luego procedí a contarle mi retirada, cómo pasé incólume por entre el plomero, sin agacharme, sin inmutarme, sin ni siquiera apurar.

-¿Tú qué habrías hecho?" - le pregunté.

- tocaba abrirse- contestó.

¿Huir yo? ¿Abrirme? Jamás de los jamases. Jamás. A mí la muerte me hace los mandados, niño. (Vallejo, 2011, p.27)

Así se configura la imagen del personaje, un maestro ante la mirada atónita de los muchachos que aunque teniendo la muerte siempre cerca procuran evitarla. El gramático es lo opuesto a estos niños asesinos, tiene el peso de la historia en sus hombros y en su diatriba que, además de agredir, enseña el terror que causa la pérdida del sentido crítico de la existencia humana y provoca en el lector cierto favoritismo hacia la muerte. *La Virgen de los sicarios* es un relato que presenta una sucesión de muertes de sujetos que parecen insignificantes muy al estilo cinematográfico, debido a que en la novela la vida de las personas es menos importante que la de un perro callejero (Vallejo, 2011, p. 90), pues justamente la humanidad es juzgada como la causa estructural de la decadencia en la que sucumbe el país.

Por último, censurar un país en el cual se ha sembrado el odio y la intolerancia y a su vez plantear el ideal de exterminio como la única alternativa de cambio social, representa el carácter mordaz que contiene la novela. Es a todas luces irónico pensar que la problemática que aqueja un país como Colombia tenga como solución la muerte, tal cual lo establece la novela, al referir que las formas de morir han sido lo único que hemos tenido como progreso. A partir de lo anterior, hay que prestar atención a la hora de leer a Fernando Vallejo, pues queda abierta la discusión acerca de la literalidad con la que se lee su obra, pues los lectores se enfrentan a la

incertidumbre de creerle o no a toda esa diatriba que se extiende en su obra o la posibilidad de autoevaluar aquellas cosas que se deben exterminar en la sociedad colombiana.

1.2 El *ethos* en *La Virgen de los sicarios*: El discurso

El discurso crítico de la novela se orienta hacia la exposición de ciertos vicios y defectos de la sociedad colombiana, de ahí que la diatriba que se desarrolla en *La Virgen de los sicarios* tiene una noción discursiva que se analizará a partir del concepto de *ethos* propuesto por Maingueneau en su texto “Problemas de *ethos*” (2002), que basándose en la Retórica de Aristóteles establece tres ideas claves para definirlo. En primera instancia, Maingueneau propone que: “el *ethos* es una noción discursiva, se construye a través del discurso, no es una “imagen” del locutor exterior a la palabra” (p. 58). Por consiguiente, en lo sucesivo de este estudio, se analizará cómo se construye el discurso a través del empleo particular que da el último gramático de Colombia a la palabra en *La Virgen de los sicarios*. Una segunda idea corresponde a que: “El *ethos* está profundamente ligado a un proceso interactivo de influencia sobre el otro” (p. 59). Así se amplía la idea de recepción que se dejó dilucidada en el segmento de *la diatriba* en el que se plantea la relación de Fernando con los sicarios amantes y cómo influye en el lector que también es ese otro receptor. Por último se establece que el *ethos*: “es una noción híbrida (socio / discursiva), un comportamiento socialmente evaluado que no puede ser aprehendido fuera de una situación comunicativa precisa, integrada ella misma en una coyuntura socio-histórica determinada” (p. 59). En la última definición del *ethos* se relaciona la imagen discursiva del personaje de la novela con la evaluación socio-histórica que se presenta en la obra.

En primera instancia Maingueneau propone que el *ethos* es una noción discursiva que se construye desde la palabra, desde el discurso mismo y es ajeno a la imagen del locutor. En *La virgen de los sicarios*, el autor construye el *ethos* a partir del discurso de Fernando, él se auto proclama como el último gramático de tal modo que su autodenominación le permite jugar con el lenguaje en relación a la gramática que construye a partir del uso popular de la palabra. Fernando le otorga diferentes valores semánticos a las palabras, así lo advierte cuando dice:

[...] todo el problema de Colombia es una cuestión de semántica. Vamos a ver: «hijueputa» aquí significa mucho o no significa nada. «¡Qué frío tan hijueputa!», por ejemplo, quiere decir: ¡qué frío tan intenso! «Es un tipo de una inteligencia la

hijueputa» quiere decir: muy inteligente. Pero «hijueputas» a secas como nos dijo ese desgraciado, ah, eso ya sí es otra cosa. Es el veneno que te escupe la serpiente. (Vallejo, p. 56-57)

Se observa entonces que la intención con la que se expresan las palabras impera sobre la palabra misma, la palabra aislada no representa más que un código de comunicación neutra, su uso en un contexto específico es lo que le da vida, de modo que: “a la otra palabra que queda fuera de su contexto solo la conoce como palabra neutra de la lengua, como palabra de nadie, como simple posibilidad del habla” (Bajtín, 1989, p. 93). Es entonces sobre la semántica como se construye el discurso de sanción socio-histórica de Fernando hacia Colombia, así la palabra se torna en ocasiones irónica, satírica y en muchos casos paródica. El *ethos* en la novela se va tejiendo a través de las relaciones semánticas que Fernando asocia con la voz social que representa el habla popular del sicario. Por ejemplo en la interpretación que hace del vallenato “La gota fría” en el cual otorga a este valores semánticos acordes al discurso de muerte con el que describe al país del sagrado corazón:

¿Qué es lo que está diciendo este vallenato que oigo por todas partes desde que vine, al desayuno, al almuerzo, a la cena, en el taxi, en mi casa, en tu casa, en el bus, en el televisor? Dice que «Me lleva a mí o me lo llevo yo pa que se acabe la vaina». Lo cual, traducido al cristiano, quiere decir que me mata o lo mato porque los dos, con tanto odio, no cabemos sobre este estrecho planeta. ¡Aja, conque eso era! Por eso andaba Colombia tan entusiasmada cantándolo, porque le llegaba al alma. (Vallejo, 2011, p.74)

En este apartado se vuelve a llamar la atención a la relación discursiva mediada por la palabra. Por eso, cuando expresa “traducido al cristiano” quiere decir que va a explicar en un español vulgar y corriente lo que significa la frase de la canción con la cual resume el sentir de los colombianos. Es decir, Fernando asume su diatriba con la idea de que al receptor se le debe hablar sin eufemismos, de manera directa. Por lo tanto el discurso se orienta hacia una sociedad que no reconoce al otro más que como su rival al que hay que matar antes que él le mate primero. La relación violenta entre las palabras y las intenciones es como Fernando argumenta el problema semántico de Colombia, es en este aspecto particular en el que la novela contiene su fuerza literaria, pues como ya se explicó en la diatriba como discursividad de la novela, el

lenguaje acre es tan solo la superficie del relato, en el uso de esta forma discursiva se contiene toda una intencionalidad crítica hacia los aspectos de la sociedad colombiana; la palabra es la que cobra vida en la memoria histórica del país en relación con los estamentos que lo conforman.

Por último, la imagen del locutor ajena al discurso se debe entender desde la diferenciación entre Fernando personaje y el autor de este, Fernando Vallejo. Sobre esto Mari Cruz en su artículo “La verdadera máscara. Hacia una poética de Fernando Vallejo” (2010) establece, a partir de entrevistas al escritor, dos tipos de relaciones entre el personaje y el escritor: “Entonces, hay dos verdades en la literatura. Una, la de los datos sobre su propia biografía, que al parecer, es una verdad insignificante; y otra, la de los patrones ideológicos, sobre la cual, no miente”. (p. 36) Mari Cruz presenta en este artículo la tesis sobre la verdad que se camufla en la relación de Vallejo con los personajes de sus novelas y concluye que lo autobiográfico es el andamio narrativo para llevar a cabo una empresa ideológica que va contra las entidades sociales, políticas y religiosas de Colombia. Los patrones ideológicos que comparten autor y personaje es lo que públicamente se manifiesta en las intervenciones del escritor con mayor fuerza, los datos autobiográficos generalmente son anécdotas que se cuentan y se conectan con la postura ideológica que se presenta en la novela. Así por ejemplo las escenas de feminicidios a embarazadas corresponden a un patrón ideológico que comparten autor y personaje: la negación de la reproducción de la pobreza y de la raza humana como peste que acaba con todo. Justamente aquí se presenta la diferencia, en la palabra. Mientras el gramático desea la muerte física de muchas personas en el transcurso de la historia y que cuando son asesinadas justifica su muerte como un beneficio para la sociedad, no es la misma intención del escritor, pues este utiliza ese tipo de relato para llamar la atención sobre lo que esta sociedad debe mejorar. Por consiguiente la importancia de este análisis no se sustenta en el parentesco biográfico del autor y el personaje, sino en la relación ideológica que liga los pensamientos de ambas figuras.

En el segundo postulado sobre el ethos, Maingueneau hace referencia a que el ethos está profundamente ligado a un proceso interactivo de influencia sobre el otro, ese otro es el receptor que está siendo persuadido por la palabra expuesta por el locutor. En el caso de *La Virgen de los sicarios* voy a establecer dos ideas sobre quién es el otro, en primera instancia en la novela el

otro se representa principalmente en Alexis y Wilmar, los sicarios amantes de Fernando que conocen al viejo gramático a partir de la narración que él hace de sí mismo y que habíamos establecido en el apartado anterior como alumnos de aquel. En segunda instancia el lector aparece como el otro que interactúa con la obra a partir de las sensibilidades que despierta la palabra provocadora de la novela, debido a que «Fernando, el protagonista, el narrador, reproduce en la escritura una narrativa oral de la que hace cada vez más participe al lector» (Torres, 2010, p. 334). De este modo el lector adquiere una función activa en la relación con el texto al encontrarse frente a una escritura mediada por la oralidad con la que se siente familiarizado, una narrativa que interpela a un “usted” virtual que se asocia directamente con un lector virtual.

Un aspecto importante que se desarrolla en esta definición del ethos es la “influencia sobre el otro”. La persuasión es concebida generalmente como la manipulación del lenguaje para ganar aceptación. En la novela la persuasión inicia con la presentación que hace el gramático de sí mismo, esto le permite entrar en confianza con un mundo ajeno al de él, el mundo de los sicarios. Fernando se presenta con una imagen de inmunidad, una suerte de invisibilidad ante la muerte que lo rodea:

– Hoy en el centro –le conté a Alexis luego hablando en jerga con mi manía políglota– dos bandas se estaban dando chumbimba. De lo que te perdiste por andar viendo televisión.

Se mostró interesado, y le conté hasta lo que no vi, con mil detalles. Le desplegué por todo Junín un tendal de muertos. Me sentía como Don Juan presumiéndole a Don Luis de las mujeres que se había echado. Luego procedí a contarle mi retirada, cómo pasé incólume por entre el plomero, sin agacharme, sin inmutarme, sin ni siquiera apurar.

–¿Tú qué habrías hecho? –le pregunté.

–Tocaba abrirse –contestó.

¿Huir yo? ¿Abrirme? Jamás de los jamases. Jamás. A mí la muerte me hace los mandados, niño. (Vallejo, 2011, p. 27)

Es así como Fernando se construye desde su propia voz, una construcción metaliteraria del personaje en el que se configura la superioridad de él mismo frente a sus amados ángeles de

la muerte. La oralidad grotesca con la que se cuenta la anécdota lo acerca al mundo de sus amantes, pero es la imagen que crea de inmunidad la que determina su posición frente al “otro”. Fernando a diferencia de los sicarios no manifiesta miedo alguno, de ahí que se le otorgue un estatus superior frente a su interlocutor, cuestión que reconoce Alexis al solicitarle un favor bastante descabellado:

Por esos días de tanto refugio se empeñó Alexis en que le comprara una mini-Uzi. “Por ningún motivo, ni lo sueñes, una mini-Uzi jamás. Eso es muy visible, nos pone muy banderas”. Para mí era casi como una erección en el bus. ¿Se imaginan ustedes a uno andando con una subametralladora acomodada entre los pantalones? ¿Que cómo son? Ah, yo no sé, nunca se la compré. **Según él, que la policía me la vendía, que yo era muy verraco pa convencer.** (Vallejo, 2011, p. 57 Negrillas propias)

Este suceso lo antecede la compra de unas balas para recargar el revólver de Alexis, con ello Fernando se gana la admiración de su ángel exterminador “-¡Uy, vos sí sos un verraco! –me dijo Alexis—. Consigámonos una subametralladora” (p. 43). Así es la recepción que tiene Alexis de Fernando, un tipo “verraco”, claro está que es una verrequera basada en la palabra, pues la gloria está en el poder de convencimiento que tiene el gramático. Mientras la herramienta de los sicarios es el revólver que liquida a cuanto se cruza en el camino, la herramienta de Fernando es la palabra que determina la relación entre los deseos y las acciones.

Por otro lado Wilmar también es ese “otro” para Fernando, su segundo amor es otro niño, sicario, pero niño como todos, lleno de ilusiones superfluas propias de la edad y del contexto criminal en el que vive, por ello lo único que espera de la vida es ropa y zapatos de marca, una moto, un carro y una buena arma. Fernando es una rareza para Wilmar, en el fugaz momento que viven juntos, el gramático le intenta explicar ciertas cosas difíciles de entender debido a la distancia temporal que los separa:

(...) Y los ojos se me encharcaban de lágrimas mientras dejando atrás a Bombay, para siempre, volvía a sonar a tumbos, en mi corazón rayado, ese «Senderito de Amor» que oí de niño en esa cantina por primera vez esa tarde. Y qué hace sin embargo que volvía con Alexis por esta misma carretera, agotándose instante por instante en la

desesperanza nuestro imposible amor... Wílmар no lo podía entender, no lo podía creer. Que alguien llorara porque el tiempo pasa... (Vallejo, 2011, p. 113)

Wílmар no entiende que Fernando llore por el pasado básicamente porque estos muchachos viven un constante presente, ellos mueren tan jóvenes que no alcanzan a tener pasado. A diferencia, Fernando carga con la nostalgia de un tiempo ido, cuestión que lo hace renegar contra el ahora que destruyó aquel espacio que ya no puede vivir sino en sus recuerdos y que hace parte del motivo para ir en contra de una Nación que, según él, le da la espalda a todo el mundo.

La percepción que tiene ese “otro”, el sicario, sobre Fernando está siempre mediada por la erudición y el poder de la palabra que lo configuran como un personaje intelectual. Wílmар representa la imagen del alumno que recibe cátedra de su maestro, en este caso Fernando, el cual le explica cosas innecesarias para un sujeto que tiene puesto su proyecto de vida en la superficialidad del mundo:

Luego le fui explicando a Wílmар, que era un ignorante en religión, los pasajes del Viejo y del Nuevo Testamento que estaban escenificados en el techo. Y bajando la mirada: - ¿Ves ese santo que se sonríe ahí, con sonrisita de falsía atroz? Ése es Juan Bosco, corruptor de menores. Yo me le conozco su trayectoria.” (Vallejo, 2011, p. 121)

La imagen que el “otro” construye de Fernando está mediada por la imagen que él mismo construye de sí mismo, así, tanto Alexis como Wílmар son persuadidos por la creación narrativa del maestro de la palabra, un duro, un verraco, un nostálgico, un irreverente, un gramático, etc. adjetivos que se le otorgan a partir de su auto-creación.

Aparece entonces ese “otro” que es el lector, también persuadido por el *ethos* que se desarrolla en la novela a partir de una de las estrategias que favorecen la relación de los lectores con la novela, la narrativa oral. Mari Cruz reflexiona sobre la influencia de la oralidad en el discurso de la novela: “Cambios, divagaciones, olvidos, localismos, reformulaciones y titubeos de la lengua oral constituyen la sustancia narrativa de su discurso” (2010, p. 40). Esta relación con la oralidad le permite al locutor cumplir con un principio del *ethos* según Aristóteles en su

Retórica y es la credibilidad. El lector se enfrenta ante un lenguaje que para el nacional es familiar y para el extranjero tiene la explicación gramatical que hace Fernando. La credibilidad⁴ del discurso se genera por tres factores claves en la novela, el primero: porque el discurso crítico hacia Colombia está sustentado en hechos históricos verificables, en segundo lugar porque la problemática del sicariato en Colombia es algo que aún no se ha superado en el país y tercero, que el discurso en la novela está sustentado en las construcciones orales que intervienen en el lenguaje literario y encuentran sentido propio dentro de la obra, esto persuade al lector hacia la aceptación de este lenguaje callejero en contraposición al lenguaje correcto que defiende el gramático. Antonio Torres reflexiona sobre el paso del lenguaje de Fernando hacia la jerga del sicario y dice que: “Asistimos a un proceso de «sicarización» lingüística a través del cual un antilenguaje, como es el parlache, entra en contacto con otros registros de la narración” (2010, p. 334). Esta postura de Torres es tan conservadora como la del narrador de *La Virgen de los sicarios* puesto que comparten la preocupación por el correcto uso de la palabra, esta es una preocupación que la sociedad colombiana tenía en el proceso de consolidación del Estado-Nación, Enrique Serrano así lo advierte:

(...) hablar bien quiere decir, hablar sin mayores errores, sin tener que avergonzarse de lo dicho, pero sobre todo hablar con moderación, escogiendo las palabras, pensando en las implicaciones que una determinada manera de dirigirse, de actuar o de hablar pueda tener en la vida social. (2016, p. 189)

En la novela se rompe con este modelo de uso del lenguaje y se van incorporando los usos populares de la lengua a una nueva gramática, una sociolingüística que cobija dialectos urbanos y los pone en juego con las problemáticas socioculturales. Por tal razón la “sicarización” lingüística se crea a partir de una hibridación del lenguaje en el que se mezclan dos formas de contar la misma historia en una misma voz, dos vías para contar una situación que, a razón de casi tres décadas de la publicación de la novela, sigue aquejando a Colombia. De ahí que el

⁴ Con relación al concepto de credibilidad, Darío Villanueva plantea el concepto de realismo intencional, el cual expone que el realismo, en términos de credibilidad de un texto literario, tiene una corresponsabilidad entre la percepción de la realidad por parte del autor, su creación literaria y el mundo que se proyecta en el lector, que a su vez acepta, es decir, que es necesaria la dialéctica entre el emisor (autor) y receptor (lector) mediada por un referente (la obra).

ethos, como estrategia argumentativa de persuasión, tenga el efecto de aceptación en la recepción de la novela.

Las nociones del *ethos* anteriormente citadas permiten ver que el discurso que se presenta en *La Virgen de los sicarios* está sustentado en la persuasión a partir del uso particular de la palabra, en la que se construyen representaciones semánticas de las expresiones populares del habla. Para Bajtin esto constituye la premisa necesaria para el género novelesco en la medida que: “la novela es la diversidad social, organizada artísticamente, del lenguaje; y a veces de lenguas y voces individuales” (1989, p. 81). Así el discurso que transversaliza la novela está orientado hacia la estratificación interna de una lengua nacional en dialectos sociales (Bajtin, 1989, p. 81). Es decir, los dialectos que aparecen en *La Virgen de los sicarios* son representaciones artísticas del habla popular de Medellín y aparte de representar un nicho social determinado, el habla cobra sentido en el diálogo que se establece con la historia de Colombia y los sujetos que la conforman.

Ahora bien Maingueneau plantea una última idea del *ethos* que se relaciona con una noción socio / discursiva, un comportamiento social que es aprehendido solo en una situación comunicativa precisa y que se integra a una coyuntura socio-histórica determinada. Fernando es un viejo nostálgico que en sus recorridos por Medellín ubica en paralelo de semejanzas y diferencias la época de su infancia y la época actual. Los recorridos que hace el gramático junto a sus amantes sicarios van tejiendo un grupo de relaciones con la historia Nacional que desde el principio de la novela aparecen intercalados con el relato personal de Fernando. La coyuntura socio – histórica en la que se ubica la novela es la desaparición estructural de los carteles de la droga en el país, dejando una secuela de violencia, pobreza y descomposición social, que acompañada de la tradicional corrupción política, han dejado en la profunda desolación a esta nación desangrada.

A esta noción socio – histórica se le da una valoración crítica en la novela con relación a toda la historia de violencia que Colombia ha soportado. Nuestra historia guarda en sus recuerdos procesos de transición que van de un conflicto a otro y de estados de incertidumbre constante. La historia que se presenta al inicio de la novela en la que se relaciona el globo de papel deleznable con el corazón de Jesús, hace del relato una metáfora de una de las propuestas

de la Regeneración en relación con el poder eclesiástico. Este suceso ubica el *ethos* de la novela en un punto exacto de la historia.

A él está consagrada Colombia, mi patria. Él es Jesús y se está señalando el pecho con el dedo, y en el pecho abierto el corazón sangrando: goticas de sangre rojo vivo, encendido, como la candileja del globo: es la sangre que derramará Colombia, ahora y siempre por los siglos de los siglos amén. (Vallejo, 2011, p. 8)

Desde este preciso momento histórico se inicia el discurso de reconstrucción de la memoria histórica del país, por eso el intelectual gramático dice: “Yo soy la memoria de Colombia y su conciencia y después de mí no sigue nada.” (Vallejo, 2011, p.24) y siendo fiel a esta proclamación pasa por problemas como el crecimiento demográfico en las ciudades, el bipartidismo, la corrupción gubernamental, hasta llegar al problema del narcotráfico del cual se deriva el sicariato, profesión aún vigente y que sirve como eje central de la narración.

En conclusión, el *ethos* en *La Virgen de los sicarios* se construye a partir del uso multiforme de la palabra en la consolidación de una narrativa irreverente en la que el “otro”, tanto el sicario alumno de Fernando como el lector, hacen parte fundamental en la creación del significado de las construcciones semánticas que se elaboran en la novela. Además, esta se ubica en un contexto socio – histórico específico que sirve como planteamiento ideológico que propone un llamado a la memoria, a la sensibilización como humanos y al cambio social. Con lo anterior no se concluye que la novela aporte un mensaje esperanzador, pero sí busca hacer una reflexión sobre la sociedad colombiana y así tocar ciertas sensibilidades en busca de una reflexión moral que sacuda el comportamiento político, afectivo y social de los colombianos.

1.3 Un discurso de varias voces: El plurilingüismo en *La Virgen de los sicarios*

Se ha visto que la narrativa de Vallejo concentra su fuerza literaria en el uso particular de la palabra, de su función y de la carga semántica que desarrolla en el relato. Ahora, es pertinente analizar cómo el discurso que sobresale en *La Virgen de los sicarios* es de carácter social, tomando en cuenta que en la voz de Fernando se estratifican varios discursos que representan la cultura colombiana. No obstante Fernando no representa ningún grupo social ni es un personaje que represente simbólicamente al pueblo como lo pretendió hacer el Realismo

socialista.⁵ Sin embargo, su palabra está cargada de muchos discursos ajenos que nutren su postura ideológica: “El hablante en la novela es esencialmente un *hombre social*, históricamente concreto y determinado, y su palabra es un lenguaje social y no un «dialecto individual»”. (Bajtin, 1989, p.149). De modo que el sujeto que habla en la novela no habla desde una individualidad sino desde un plurilingüismo, desde las voces que se conectan y se relacionan en función dialógica con la historia y la sociedad.

El hablante está en la constante búsqueda de su propio lenguaje, se aprovecha de otras voces para nutrir su perspectiva de la realidad, para criticarla y atacarla. El lenguaje que Vallejo le otorga a su personaje en su siempre defendida primera persona, hace parte de su visión de mundo, de su ideología: “Un lenguaje especial en la novela es siempre un punto de vista especial acerca del mundo, un punto de vista que pretende una significación social” (Bajtin, 1989, p. 150). El lenguaje que se vuelca en la voz narrativa de Fernando resulta especial en la medida que su irreverencia se conecta con la evaluación crítica de los discursos sociales. El lenguaje vulgar de la novela y el uso constante de impropiedades y groserías pueden ser analizadas como una visión de mundo del hablante de la novela, por eso la palabra como materia prima de la literatura no puede entenderse de manera literal, hay que estudiarla dentro de un proceso de estilización del lenguaje que se construye en el marco de un contexto socio – histórico específico: “El autor [...], recurre a una voz narrativa de tono directo, denunciante, rebelde e irreverente para enfrentar, deconstruir, desmitificar, criticar y subvertir los valores fundacionales de la cultura colombiana: el lenguaje, la religión y la política. Esta representación estética produce escándalo” (Ortegón, 2013, p. 294). El escándalo se produce por el tono directo del narrador. No obstante, este tono se sustenta en el juego del lenguaje, ya que la palabra sufre un estado de construcción híbrida en la narración, es decir que: “[...] al enunciado que, de acuerdo con sus características gramaticales (sintácticas) y compositivas, pertenecen a un solo hablante; pero en el cual, en realidad, se mezclan dos enunciados, dos maneras de hablar, dos estilos, dos lenguas [...]" (Bajtin, 1989, p.

⁵ Jorge Enrique Adoum, en su texto titulado “El realismo de la otra realidad” (1980), hace una crítica a la literatura del realismo en América Latina, argumentando que los escritores que pretendieron reflejar la realidad confundieron la verdad con la copia de la realidad externa de las comunidades que se relataban en sus obras. Debido a que los autores eran externos a la comunidad que retrataban, no había una relación vivencial que pudiera generar una literatura más veraz y más honesta con comunidades como los campesinos o indígenas. Se limitaron pues, a hacer de sus personajes símbolos de la sociedad de la cual escribían.

121-122). Veremos entonces, cómo el narrador se vale de la construcción híbrida del lenguaje, del plurilingüismo, para parodiar los discursos hegemónicos del país en momentos precisos de la narración.

Si bien la novela tiene forma de monólogo en la incansable perorata de Fernando, la relación de diversas voces de las que se vale el narrador de *La Virgen de los sicarios* supone la interacción de diversos estratos y culturas en un proceso de barrido histórico de los momentos que han marcado el atraso socio-cultural de Colombia. Por ello surge la inquietud de analizar, bajo la teoría bajtiniana, la función dialógica y plurilingüista en las diversas visiones de mundo presentes en el texto, con la finalidad de parodiar, criticar y destruir las voces oficiales que gobiernan los deseos de los colombianos.

En la diatriba incesante de la novela se inserta un tono paródico que le permite a Vallejo burlarse de otros discursos que resaltan la problemática en la percepción que se tiene de Colombia y de los problemas que le aquejan. Por tal motivo Fernando dice:

El “presunto” asesino, como diría la prensa hablada y escrita, muy respetuosa ella de los derechos humanos. Con eso de que aquí, en este país de leyes y constituciones, democrático, no es culpable nadie hasta que no lo condenen, y no lo condenan si no lo juzgan, y no lo juzgan si no lo agarran, y si lo agarran lo sueltan...” (p. 22)

El narrador parodia los discursos periodístico y jurídico (los cuales se consideran como oficiales). Con la palabra “presunto”, entre comillas, se asume que se deba salvaguardar los derechos de los delincuentes sobre la gente de bien, por ello se contrapone el *modus operandi* de los medios y el sistema penal colombiano con el discurso social que critica la inoperancia y la manipulación de las leyes a favor de la ilegalidad; de ahí que se inserte el tono irónico en el discurso crítico del narrador al decir “como diría la prensa hablada y escrita, muy respetuosa ella de los derechos humanos”. A todas luces la ironía con la que se establece que la prensa es respetuosa de los derechos humanos da a entender que efectivamente es totalmente lo contrario.

Uno de los discursos oficiales que entran en diálogo con el del narrador es el religioso, y si bien Fernando no representa a un sector determinado de la sociedad, sí está cargado ideológicamente de sus discursos, cuestión que lo convierte en un sujeto social. Es por esto que

al hablar en varias ocasiones del estamento eclesiástico critica su estructura y su función social: “Y yo pensando que la Iglesia andaba en más bancarrota que el comunismo... Qué va, está viva, respira. La humanidad necesita para vivir mitos y mentiras. Si uno ve la verdad escueta se pega un tiro.” (Vallejo, 2011, p. 16). Aquí entra en diálogo dos fuertes discursos de la sociedad actual; uno es el que apoya la iglesia y se sustenta en la fe y lo que ella representa en la organización moral de la sociedad, discurso hegemónico desde el proceso de conquista; como réplica aparece el discurso secular que se opone a la fe y juzga a la religión como un compilado de mitos y mentiras, se aleja de ella y no la reconoce como un estamento legítimo, esta es una visión que tiende a las ideas modernas a cerca de la muerte de Dios. Así religiosidad y secularización son dos posturas que entran en diálogo en la novela, en la medida que cada cual es réplica del otro.

Ahora bien, lo que es transversal a los demás discursos es el del idioma. El narrador es el que representa un estamento extinto de sujetos llamados gramáticos – aquellos como Rufino José Cuervo preocupado por la historia de la palabras y el uso del español en América o Miguel Antonio Caro que se inclinó por cultivar un latín perfecto con fines filológicos–, la cual se opone a la clase popular antioqueña que se representa en el texto como un grupo idiomático cargado de modismos y significados connotativos propios del contexto de las comunas y que está representado por medio del dialecto urbano que se le ha denominado parlache:

No habla español, habla en argot o jerga. En la jerga de las comunas o argot comunero que está formado en esencia de un viejo fondo de idioma local de Antioquia, que fue el que hablé yo cuando vivo (Cristo el arameo), más una que otra supervivencia del malevo antiguo del barrio de Guayaquil, ya demolido, que hablaron sus cuchilleros, ya muertos; y en fin, de una serie de vocablos y giros nuevos, feos, para designar ciertos conceptos viejos: matar, morir, el muerto, el revólver, la policía... Un ejemplo: “¿Entonces qué, parece, vientos o maletas?” ¿Qué dijo? Dijo: “Hola hijo de puta”. Es un saludo de rufianes. (Vallejo, 2011, p. 26)

La estratificación del lenguaje en este apartado de la novela se divide en dos discursos claros que desarrollan un proceso de transformación lingüística: el discurso del uso correcto del idioma que Fernando defiende por ser el último gramático sucesor de Rufino José Cuervo, contra el dialecto urbano que le da connotaciones diferentes a las palabras, un dialecto que refleja la

degradación social, degradación que Fernando acusa desde el lenguaje y que además parodia: “Hoy en el centro –le conté a Alexis luego hablando en jerga con mi manía políglota– dos bandas se estaban dando chumbimba” (p. 27). El personaje reproduce estos vocablos e incluso los explica a la luz de su conocimiento gramatical de la lengua, en él entran en juego los demás discursos que del mismo modo se parodian y se critican en la novela.

Así la teoría bajtiniana establece que para que haya dialogismo entre los discursos que se oponen en la novela debe existir la palabra réplica: “Toda palabra está orientada hacia una respuesta y no puede evitar la influencia profunda de la palabra-réplica prevista” (Bajtín, 1989, p. 97). De ahí que cada discurso tiene su réplica: el de la verdad de los medios de comunicación que manipulan la información para favorecer la ilegalidad contra la sociedad desprotegida y desinformada; el de la religiosidad contra la secularización del Estado; el idioma contra el dialecto urbano, la homosexualidad contra la procreación, los sicarios contra la sociedad. Dualidades discursivas que generan polémica y advierten de una problemática social estilizada a través del uso artístico de la palabra.

Dicho lo anterior, se puede concluir que el lenguaje literario de *La Virgen de los sicarios*, derrotero de este capítulo, ha permitido abrir otros puntos de análisis que permiten abordar la novela con una mirada menos irritable frente a la invectiva con la que se elaboró la novela. Pues es claro que la diatriba que se usa en el texto de Vallejo, aparte de hacer uso de improperios e insultos hacia todas las instituciones nacionales, tiene una función discursiva definida, tal como lo analicé desde lo propuesto por Oliver (2004), que es la de denunciar vicios sociales y en un constante sermón proponer por oposición los ideales que el gramático piensa sobre una mejor sociedad. Si bien la forma del relato se da desde una especie de monólogo, Fernando se eleva como una voz que reproduce muchas voces, como los que reclaman paz en sus barrios, los que atacan al gobierno, los que desean un espacio en el que el amor reine y la sociedad haya evolucionado. Es por eso que a la hora del lector enfrentarse al texto de Vallejo contempla un iceberg en el que la punta es un rosario de improperios que caracterizan el estilo del escritor e indudablemente llaman la atención del lector, pero que no es más que lo que está a la vista y en la superficie. No obstante, en los niveles de lectura que suscita la novela se encuentra un discurso profundo cargado de una crítica punzante hacia las problemáticas sociales

que se cuestionan, se valoran, se juzgan, y que además condensan un momento histórico de la colombianidad; nivel en el que es necesario sumergirse.

Dado lo anterior, en *La Virgen de los sicarios* la ficción narrativa se mezcla con la realidad colombiana y por eso choca con ciertas sensibilidades (la iglesia, la familia, el estado, la prensa, etc.) que hacen parte de los discursos sociales que han sido evaluados desde el *ethos* del autor. Vallejo, desde la voz de Fernando, construye un relato en el que influye sobre el “otro” ya sea en la novela con los sicarios o en la recepción lectora o crítica que ha evaluado la novela desde diferentes perspectivas, a partir de un lenguaje descarnado, una crítica punzante y una claridad discursiva de la época en la que se desarrolla la historia narrada. Por tal razón, la palabra viva, tal como lo expresa Bajtín (1989) en el concepto de plurilingüismo, tiene la capacidad de dialogar con diferentes discursividades, de este modo los discursos eclesiásticos, la institución familiar, el gobierno nacional y las diferentes formas de violencia⁶ se evalúan como aspectos que la sociedad colombiana debe replantear.

Por otra parte, es justamente a partir del lenguaje como Vallejo crea el espacio narrativo en el que desarrolla toda su perorata hacia Colombia. El espacio en la novela, tal como se analizará en el siguiente capítulo, está determinado únicamente por lo que Fernando cuenta de los recuerdos venidos a su memoria, de cómo eran sus lugares de infancia y la descripción detallada de una ciudad nueva para él. El espacio está determinado también por la estratificación del lenguaje, las expresiones usadas por el narrador para referirse a Medellín dependen de si está hablando de la ciudad del pasado o la del presente. Por tal motivo es importante analizar el espacio dentro de lo que encierra la diatriba como postura política e ideológica.

⁶ Estas temáticas se desarrollarán en el tercer capítulo, en el que se hablará sobre los regímenes de colombianidad.

2. EL ANTES Y EL AHORA DEL ESPACIO EN LA VIRGEN DE LOS SICARIOS

El espacio, como elemento narrativo en *La Virgen de los sicarios*, presenta dos momentos de la vida de Fernando. En el primer momento, el gramático describe el espacio de su infancia de una manera idílica, por ejemplo: los campos de Sabaneta descritos como un hermoso pesebre, la cantina Bombay presentada como el lugar más mágico del universo, la carretera destartalada por la que transitaban con el abuelo en el Hudson viejo que los llevaba hasta la amada Finca Santa Anita, la de sus abuelos, la que el progreso se llevó. Con este último espacio de los recuerdos, la finca Santa Anita, se abre paso al segundo momento de la vida de Fernando, el del regreso, el espacio que encuentra lo exalta y lo decepciona, por eso, después de llorar frente a la bomba de Bombay, dice:

[...] Unas cuerdas después pasamos frente a Santa Anita, la finca de mi infancia, de mis abuelos, de la que no quedaba nada. Nada pero nada nada: ni la casa ni la barranca donde se alzaba. Habían cortado a pico la barranca y construido en el hueco una dizque urbanización milagro: casitas y casitas y casitas para los hijueputas pobres, para que parieran más. (Vallejo, 2011, p. 113)

Así mismo se queja de la invasión de casas en los cerros, lo que ahora llaman comunas y que este cambio demográfico en Colombia se le hubiera tragado a Sabaneta y la hubiera convertido en un barrio más de Medellín y con ello destruyera el espacio de su infancia. De acuerdo a lo anterior Domínguez plantea que: “El gramático conforma una radiografía sensorial de la capital Antioqueña [...] En el plano físico el espacio público ha sido invadido por ventas callejeras que generan desorden, por lo que no se puede caminar libremente [...]” (2016, p 186). Lo anterior condensa la desazón que siente el gramático en los recorridos por la capital antioqueña. Las sensaciones que expresa en una desaforada diatriba, nacen de la profunda molestia que le genera ver las calles llenas de gente, personas indeseadas a criterio de Fernando las cuales detesta porque le han cuarteado su libertad.

A partir de lo anterior, el objetivo de este capítulo es analizar la relación que tiene la transición del espacio de los recuerdos y el del presente de Fernando con el discurso crítico que se teje en la narración hacia la normalización de una colombianidad violenta. Para ello se analizará el espacio desde tres miradas: la primera corresponde a la visión que tiene el gramático

de la Medellín de antes y la de ahora como recurso comparativo de una sociedad sin evolución. En segundo lugar se analizará el espacio como un lugar ajeno al personaje, motivo por el cual se siente exiliado en la ciudad que antaño fue suya. Por último, se relaciona el espacio con la posibilidad de encontrar amor en medio del odio. Este análisis se fundamenta en la importancia que tiene el lugar donde ocurre el relato, pues allí se condensa el pasado, el presente y los deseos del personaje, elementos que se relacionan con la historia del país y con las intenciones de cambio social que se establecen en la novela.

Medellín se presenta como un espacio en el que los valores se han perdido y reina la ley del más fuerte. El espacio en el relato determina un punto clave en la construcción de una colombianidad basada en los vicios heredados de una raza genéticamente violenta⁷. Por tal razón, el contraste espacio-temporal que recae en los hombros de Fernando aviva la diatriba con la que expone a una sociedad llena de vicios, por consiguiente presenta su idea de exterminio. Además, sus recorridos urbanos en busca de algún minúsculo vestigio de su pasado lo decepcionan y su amor por los sicarios le permite ver una solución radical a los problemas de Colombia: la eliminación de una raza como propuesta eugenésica para mejorar la Colombia que el tiempo le arrebató.

2.1 De los recuerdos edénicos de Medellín al regreso caótico a una ciudad desconocida.

Desde el principio, *La Virgen de los sicarios* teje una narración sobre el regreso al pequeño mundo rural de la infancia de Fernando en la que el recuerda cómo era su paraíso de infancia al tiempo que lo contrapone al presente caótico que lo recibe a su llegada a Colombia. Estas emociones en pugna se evidencian cuando el gramático mezcla en su narración anécdotas de su infancia idílica con una actualidad desbarrancada:

[...] Íbamos todos, mis padres, mis tíos, mis primos, mis hermanos y la noche era tibia, y en la tibieza de la noche parpadeaban las estrellas incrédulas: no podían creer lo que veían, que aquí abajo, por una simple carretera, pudiera haber tanta felicidad”. (Vallejo, 2011, p. 16)

⁷ Este aspecto se abordará con detalle en el tercer capítulo en el que hablo sobre cómo Fernando piensa la violencia, más que como un problema, como la cura a los problemas de Colombia.

A este estado placentero de felicidad se opone una descripción apocalíptica de Medellín: “¡Qué iglesia iba a haber abierta ni qué demonios! Las mantienen cerradas para que no las atraquen. Ya no nos queda en Medellín ni un solo oasis de paz. [...] Que lo único seguro aquí es la muerte” (p. 24). Así, la Medellín del presente de la narración constituye un papel importante en la novela, se convierte en un personaje complejo que transforma a Fernando, su lenguaje y su comportamiento. La capital del odio, tal como se describe en *La Virgen de los sicarios*, es representada como un sicario más: “[...] Dije arriba que no sabía quién mató al vivo pero sí sé: un asesino omnipresente de psiquis tenebrosa y de incontables cabezas: Medellín, también conocido por los alias de Medallo y de Metrallo lo mató” (p. 54). Esta ciudad con alias cual criminal, llenó sus montañas de casas y el espacio campestre, que solo se encuentra en la memoria de Fernando, fue invadido por el cemento.

El hecho de ver las comunas desde lejos, en la terraza de su apartamento, muestra la distancia que Fernando tiene de ellas, es una ciudad desconocida que desea entender: “se trata de explicar a sí mismo qué está pasando, intenta auto-traducirse la Colombia presente en términos de la pasada” (Álvarez, 2013, p. 18). No obstante, ese intento por entender la ciudad presente lo vuelve vulnerable y lo intoxica, pues lo que recibe de la ciudad en sus recorridos es el humo de los carros, el bullicio de la gente, la total eliminación de su pasado y un odio heredado:

Volví al apartamento y al rato llegó Alexis, con un garrafón de aguardiente: dos botellas y media pues.

– Hubieras comprado también unas copitas –le hice ver–. Ya ves que aquí no hay ni en qué tomar.

–De la botella.

Abrió la botella, se tomó un trago y me lo dio en la boca. Así, tomando yo en su boca, él en la mía, en el delirio de una vida idiota, de un amor imposible, de un odio ajeno nos empacamos el garrafón. Amanecimos en un charco de vómito: eran los demonios de Medellín, la ciudad maldita, que habíamos agarrado al andar por sus calles y se nos habían adentrado por los ojos, por los oídos, por la nariz, por la boca. (Vallejo, 2011, p. 32)

Las emociones que incita la ciudad maldita, le generan al protagonista reflexiones nostálgicas, desencantadas y contestatarias hacia ese mundo que ahora le es ajeno. Después de años de ausencia, Fernando se ve afectado en sus recorridos por una Medellín desconocida, por los demonios que invaden su ser y el de Alexis. El vómito representa la metáfora del rechazo a un espacio en el que el personaje no se halla. El paisaje que antaño era campo y naturaleza, ahora es una ciudad atestada de casas y de gente queriéndose matar. Así se presenta la denuncia de la transformación socio-demográfica en Colombia derivada de las políticas de modernización e industrialización nacional, además de las notables guerras políticas de mitad del siglo pasado que conllevaron al creciente caos social inherente a todos los procesos políticos, sociales y económicos de la historia colombiana. Por otro lado, el paso de una sociedad rural a una urbana fue lo que deformó el paisaje del Valle de Aburrá que antes habitaba Fernando: “Las comunas cuando yo nací ni existían. Ni siquiera en mi juventud, cuando me fui. Las encontré a mi regreso en plena matazón, florecidas, pesando sobre la ciudad como su desgracia” (p. 33). Así el paisaje que compone el pasado de Fernando pleno de naturaleza ahora está invadido, deformado, cambiado, destruido y maldito. “Vallejo nos lleva a vivir en el universo de lo que existía y ya no existe, de sus pérdidas más profundas, esas que lo lanzan a esta infernal búsqueda de un sentido para llegar a la muerte.” (Jaramillo, 2005, p. 113). De esta manera, la voz narrativa de la novela lleva al lector a la memoria de Fernando, a los lugares que solo él recuerda y que nos presenta en una nostálgica narrativa y al igual que los moribundos comienza a desandar su vida por un paisaje natural ya muerto. Por ejemplo la cantina Bombay, sin ser la misma de su infancia, provoca en Fernando una retrospección inmediata:

Y por sobre las ruinas del Bombay presente, el casco de lo que fue, **en una nube desflecada, rompiendo un cielo brumoso, me iba retrocediendo a mi infancia hasta que volvía a ser niño y a salir el sol**, y me veía abajo por esa carretera una tarde, corriendo con mis hermanos. Y felices, inconscientes, despilfarrando el chorro de nuestras vidas pasábamos frente a Bombay persiguiendo un globo. (Vallejo, 2011, p. 112. Énfasis propio)

Esta descripción de un presente con el cielo brumoso en contraposición con una infancia ya remota llena de sol, determina esa relación casi romántica entre el paisaje de los recuerdos y las emociones de Fernando. Entonces, la Bombay del presente aparece reducida a ruinas al igual

que todo lo que compone el pasado del gramático; su finca Santa Anita, sus montañas y hasta el baptisterio en el que fue bautizado de niño ahora ha sido lapidado (Vallejo, 2011, p. 78). Bombay es entonces un espacio que se resiste a morir en medio del abrumador progreso urbanístico, por eso es tan importante para Fernando, pues es un lugar en el que él revive el pasado feliz y soleado de su infancia con sus hermanos, esto lo reconforta. Además, aunque está en ruinas, Bombay aún sobrevive al cambio, igual que los restos del gramático en el devenir del tiempo. Este espacio a diferencia de los otros lugares del recuerdo (Santa Anita, el Valle de Aburrá, el baptisterio) se mantiene en un presente que él mismo deplora. Por tal razón Bombay es tan importante en la relación personaje-espacio, pues es el único lugar que conserva un vestigio de la existencia pasada de Fernando, así la cantina obedece a una conexión histórica entre la Medellín de ayer y la de ahora. Por otro lado, Fernando ya cansado de recordar se desestabiliza: “¡Al diablo con la bomba de Bombay y los recuerdos! –me dije secándome las lágrimas–. ¡Nada de nostalgias! Que venga lo que venga, lo que sea, aunque sea el matadero del presente. ¡Todo menos volver atrás!” (Vallejo, 2011, p. 113). Fernando, contradiciendo todo su discurso dice no querer volver atrás, pero sus recuerdos lo llaman constantemente, esto lo destruye poco a poco y lo enfrenta a una realidad aún más cruel que la de Colombia, la de él mismo: “Entonces descubrí lo que no sabía, que estaba infinitamente cansado, que me importaba un carajo el honor, que me daba lo mismo la impunidad que el castigo, y que la venganza era demasiada carga para mis años” (p. 133). Esto lo dice frente al asesino de Alexis, su primer amor, y refleja una visión nostálgica sobre las luchas perdidas de una sociedad en decadencia y, a la vez, evidencia una primera fractura de Fernando que ayuda a entender el porqué al final de la novela, opuesto a su deseo primero de regresar a Medellín a morir, termina por marcharse de la capital del odio.

El pasado de Fernando influencia su relato, pese a su fatiga en el presente, siempre vuelve a un espacio muy importante que representa una conexión con su ya lejana infancia, la familiar finca Santa Anita. Tal como la describe Cueva, la finca representa: “Un espacio que constituye la herencia irrenunciable de un pasado en el cual se reflejan las costumbres, las leyendas, pasiones, dolores y alegrías” (2010, p. 160). Entonces, Santa Anita tiene la fundamental importancia de la patria chica en la que Fernando fue feliz. Por tal razón Cueva la define como una unión con el pasado de la cual no se puede renunciar, pues en el universo que Vallejo propone en su narrativa, se conserva la memoria histórica de la que Fernando no quiere

salir, pues, como ya se analizó antes, cuando sale a la Colombia de ahora, se intoxica y se envenena. Entonces el paisaje que recuerda Fernando ya no es el mismo, su Colombia ya no es suya, es de otros.

Ya para entonces Sabaneta había dejado de ser un pueblo y se había convertido en un barrio más de Medellín, la ciudad la había alcanzado, se la había tragado; y Colombia, entre tanto, se nos había ido de las manos. Éramos, y de lejos, el país más criminal de la tierra, y Medellín la capital del odio. Pero estas cosas no se dicen, se saben. Con perdón. (Vallejo, 2011, p. 10)

La panorámica de Medellín ha cambiado y esto provoca en el narrador un choque de emociones que se reflejan en un relato lleno de términos peyorativos (chusma puerca, gentuza agresiva, marcianos, turbamulta) hacia todo lo que ocupa sus espacios de infancia. La rabia, con la cual despacha injurias a todo el mundo, es sin lugar a dudas el dolor de un amor perdido: Colombia.

Hay que aclarar que este regreso al pasado está situado en el reducido espacio de Fernando, en su patria chica que es su finca Santa Anita (desaparecida) y sus lugares de infancia. En la diatriba del gramático no solo se acusa la violencia que encuentra a su regreso, también se tienen en cuenta otros procesos de violencia que se vivieron en la historia de Colombia [...] “A machete, con los que trajeron del campo cuando llegaron huyendo dizque de «la violencia» y fundaron estas comunas sobre terrenos ajenos, robándoselos, como barrios piratas o de invasión. De «la violencia»... ¡Mentira! La violencia eran ellos” (p. 97). Asimismo, se hace alusión a la época denominada de la violencia en Colombia, con la que se inicia un nuevo proceso de guerra libradas por el bipartidismo, dando paso al surgimiento de las guerrillas y demás grupos armados que hasta la actualidad son un problema para Colombia. Con esto se aclara que no hay en la novela de Vallejo una negación del pasado violento, lo que sí se encuentra en la narrativa de la novela es que la violencia que se vivió en la infancia de Fernando nunca lo tocó, no afectó en absoluto su espacio sagrado. Paradójicamente fue esa violencia de mitad de siglo XX la que disparó el desplazamiento campesino hacia las ciudades, causante principal de la transformación del espacio recordado por Fernando. El regreso del personaje lo confronta con una realidad que sí lo afecta a él directamente. Las críticas de Fernando son más el producto de una reflexión

personal con relación a su paraíso perdido, que el afán de consolidar un discurso social, pues en *La Virgen de los sicarios* el ser humano, sin distinción de clases, es el objetivo que se debe eliminar. En este sentido Abrams, basándose en la tesis de Schelling sobre el origen de los males humanos, establece que la pérdida del paraíso es lo que convierte al hombre en un ser reflexivo:

Filosóficamente hablando, el Edén, como el mito pagano equivalente de una edad de oro, representa el dominio de la naturaleza en el interior del hombre (sus sentidos, su instinto, y el imperio de la necesidad). De este estado de naturaleza el hombre fue sacado por la urgencia de su razón que, distinguiendo entre el bien y el mal, estableció la posibilidad de la libertad de la voluntad. La caída fue de la inocente ignorancia al conocimiento, y de la feliz obediencia al instinto, a la miseria de verse confrontado con múltiples elecciones morales; y esa división primordial entre los impulsos del *homo sensibilis* y las exigencias del *homo intelligibilis* nos pone en una «extraña discordia» en la que «estamos en disputa interior con nosotros mismos». (1992, p.215)

La pérdida del Edén de Fernando representa el alejamiento de la inocente ignorancia que reinaba en su niñez en la que todo parecía perfecto, en el que la violencia no tocaba las puertas de su idílica finca Santa Anita, para luego confrontarse con el despertar de la razón en un espacio que ahora le resulta ajeno, en el que la violencia se encuentra a flor de piel. Por tal razón, es solo hasta el justo momento en el que Fernando ya no encuentra en su espacio natal la edad de oro de su pasado, cuando, sacado de su estado de naturaleza, de la inocente infancia; utiliza la razón y el conocimiento histórico de la Nación como herramienta para evaluar la actualidad colombiana, a partir de una sucesión de hechos pasados, los cuales son causa de la decadencia actual de Colombia. De modo que lo que aquí se plantea es que el regreso de Fernando lo confronta con la realidad personal de la desaparición de su pasado, que a su vez relaciona con el desbarrancamiento de Colombia. “Por eso los acontecimientos nacionales están ligados a los personales” (Vallejo, 2011, p. 72). Así el tono nostálgico que presenta la novela está ligado al pasado paradisiaco de Fernando. El presente que vive el personaje lo somete a la disputa entre las dos épocas que se unen en él, es la disputa entre dos generaciones: la de la felicidad simple que se encuentra en el campo de sus padres y abuelos y la del bullicio del caos urbano de sus adolescentes amantes-sicarios.

2.2 Una escritura desde el exilio

Desde su regreso a Medellín, Fernando se siente en otro espacio, en un mundo totalmente desconocido, por eso se refugia en su apartamento para escribir y se convierte en un exiliado dentro del mismo espacio “Este apartamento mío está rodeado de terrazas y balcones. Terrazas y balcones por los cuatro costados pero adentro nada, salvo una cama, unas sillas y la mesa desde la que les escribo” (p, 19). El gramático tiene una fijación por recuperar su *locus amoenus*, ese espacio de su infancia, por eso vive en un lugar sin distractores buscando en la escritura una excusa para volver a la Colombia que perdió.

El espacio que recorre Fernando en *La Virgen de los sicarios* se presenta como un *locus terribilis* del que el gramático se queja constantemente y del que quiere salir con urgencia en busca del *locus amoenus*, concepto que tiene sus orígenes en la descripción de una naturaleza edénica exclusivamente para el goce y el placer (Curtius, 1984, p. 276) Esta búsqueda del *locus amoenus* por parte del narrador se presenta como un motivo literario en la medida que tiene como objeto la construcción estética del espacio a partir del relato, el *Locus amoenus* va más allá de la simple descripción geográfica de un lugar, tal como lo presenta Curtius cuando dice:

Si echamos ahora una mirada retrospectiva sobre Homero, Teocrito y Virgilio y nos preguntamos qué clase de paisaje ideal pudieron aprender de ellos la Antigüedad tardía y la Edad Media, tendremos que responder: la selva mixta y el locus amoenus (con prado de flores ad libitum). Esta herencia se esquematizó conceptualmente en dos ocasiones: en la retórica de la Antigüedad tardía y en la dialéctica del siglo xii; ambos procesos tuvieron el mismo efecto: dieron al motivo un carácter técnico e intelectual; se elaboró así una serie de tópicos de la naturaleza claramente diferenciados. (1984, p, 277)

De este modo ha de entenderse que la descripción espacial que se elabora en la narración de *La Virgen de los sicarios* tiene como objetivo la diferenciación de espacios que separan el pasado del presente de Fernando, es decir, que los espacios descritos tienen la función intelectual de contraponer el idílico espacio de la infancia con los lugares que el gramático se encontró a su regreso a Medellín. De tal manera que la búsqueda del *locus amoenus* por parte de Fernando tiene por lo menos dos formas de analizarse, la primera es una escritura hacia el

regreso (Aristizábal, 2013) en la que ubica su memoria en la idílica finca Santa Anita y los espacios rurales que son parte de la infancia del gramático, los cuales contraponen con la ciudad maldita (Vallejo, 2011, p. 32). Y un segundo análisis corresponde al apartamento desprovisto de cualquier contacto con el progreso presente, que si bien no es un espacio natural, si es un espacio de retiro en el que, por medio de la escritura, Fernando busca placer y tranquilidad.

El concepto que se construyó del *locus amoenus* desde la literatura románica está asociado con el contacto directo con la naturaleza, sobre esto Curtius dice: “(...) el *locus amoenus* es un paraje hermoso y umbrío; sus elementos esenciales son el árbol (o varios), un prado y una fuente o arroyo; a ellos pueden añadirse un canto de aves, unas flores y, aún más, el soplo de la brisa” (p. 280). En el presente de la narración de la novela esta descripción del espacio ameno ya no existe, no obstante Fernando lleva a su interlocutor, que vendrían siendo Alexis y por extensión a su lector, a su memoria y en un acto de retrospección ubica su relato en el espacio ameno de sus recuerdos:

Las casitas a la orilla de la carretera en el pesebre eran como las casitas a la orilla de la carretera de Sabaneta, casitas campesinas con techitos de teja y corredor. O sea, era como si la realidad de adentro contuviera la realidad de afuera y no viceversa, que en la carretera a Sabaneta había una casita con un pesebre que tenía otra carretera a Sabaneta. (Vallejo, 2011, p. 15)

Así, el *locus amoenus* de Fernando es comparado con un pesebre en el cual se encuentra la tranquilidad del campo. En este juego temporal entre el pasado y el presente de la vida del gramático se observa que el *locus amoenus* que Fernando recrea en su relato siempre es contrapuesto a renglón seguido con el locus terribilis que representa a Medellín en la novela:

Había en las afueras de Medellín un pueblo silencioso y apacible que se llamaba Sabaneta. Bien que lo conocí porque allí cerca, a un lado de la carretera que venía de Envigado, otro pueblo, a mitad de camino entre los dos pueblos, en la finca Santa Anita de mis abuelos, a mano izquierda viniendo, transcurrió mi infancia. Claro que lo conocí. Estaba al final de esa carretera, en el fin del mundo. Más allá no había nada, ahí el mundo empezaba a bajar, a redondearse, a dar la vuelta. Y eso lo constaté la tarde que elevamos el globo más grande que hubieran visto los cielos de Antioquia, un rombo de

ciento veinte pliegos inmenso, rojo, rojo, rojo para que resaltara sobre el cielo azul. El tamaño no me lo van a creer.

[...] Cuando el globo llegó a Sabaneta dio la vuelta a la tierra, por el otro lado, y desapareció. Quién sabe adónde habrá ido, a China o a Marte, y si se quemó: su papel sutil, deleznable se encendía fácil, con una chispa de la candileja bastaba, como bastó una chispa para que se nos incendiara después Colombia, se «les» incendiara, una chispara que ya nadie de dónde salió”. (Vallejo, 2011, p. 7-8-9)

El *locus amoenus* no representa en *La Virgen de los sicarios* un lugar físico, sino un recodo en la memoria del protagonista en el que se sitúa, desde el exilio de su apartamento, para comparar el presente y así evidenciar la decadencia, no solo del espacio y la invasión de casas en las montañas de Medellín, sino también la herencia de la violencia social que se presenta como una característica del sujeto colombiano. Ante esto el narrador ubica en un solo párrafo dos imágenes distintas de un mismo espacio:

Antaño, en época de lluvias bajaban por los barriales resbalando, patinando; eran montañas sin calles, tierreros, pero por donde se podía transitar libremente. Estos barrios cuando los fundaron eran, como se dice, “barrios de puertas abiertas”. Ya nunca más. Las guerras de las bandas están casadas: de barrio con barrio, de cuadra con cuadra. Una muerte trae otra muerte y el odio más odio. (Vallejo, 2011, p. 67)

La idea que presenta de “barrios de puertas abiertas” connota la idea de un espacio idílico en el cual se puede transitar sin el peligro de muerte, un espacio que determina la posibilidad de vivir libremente. A este paraje casi edénico lo concluye con un “ya nunca más”, dejando la sensación de una pérdida irreparable del lugar ameno. Este juego de espacios entre los de antaño y los del presente desarrolla en simultánea ambos conceptos del *locus*, tanto el *amoenus* como el *terribilis*. Físicamente Fernando se encuentra en el *locus terribilis* de la Colombia actual, mientras que en su mente recorre el paraíso perdido de su infancia, el espacio ameno de sus recuerdos.

Tomando solo la idea del *locus amoenus* que presenta Curtius como lugar de placer, se plantea que el apartamento - lugar casi vacío, sin caseteras, televisor ni teléfono; ni nada que lo

contamine con las distracciones actuales - es un lugar ameno. El silencio es muy importante para Fernando y por eso se desespera con el ruido que trajo el progreso. El apartamento determina la división geográfica entre el adentro y el afuera. En el apartamento vacío encuentra el silencio del campo de sus recuerdos, afuera está el sonido de la muerte, del ruido ensordecedor de la ciudad:

Mira Alexis, tú tienes una ventaja sobre mí y es que eres joven y yo ya me voy a morir, pero desgraciadamente para ti nunca vivirás la felicidad que yo he vivido. La felicidad no puede existir en este mundo tuyo de televisores y casetes y punkeros y rockeros y partidos de fútbol. (Vallejo, 2011, p. 15)

Se observa entonces que la construcción de este espacio ideal se ve invadido por sus amores, tanto Alexis como Wilmar, y por el mundo *terribilis* que estos traen de afuera y que representan los vicios mediáticos que invadieron la sociedad colombiana. Mientras Fernando está solo su hogar le sirve como guarida para hibernar en sus recuerdos y en su pasado tranquilo; cuando llegan sus muchachitos asesinos el gramático prefiere salir a recorrer las calles peligrosas de Medellín, hecho que lo llevará a querer también salir de su ciudad natal, de su país del odio.

2.3 En la capital del odio hay espacio para el amor.

El espacio es uno de los determinantes de la identidad de un sujeto, en cuanto este se sienta perteneciente al mismo (Serrano, 2016, p. 37). Allí se conecta con lo que en lo sucesivo lo identificará como perteneciente a una cultura. En el caso de Colombia, el estigma con el que se nace es el de pertenecer a una sociedad violenta, narcotraficante y asesina. *La Virgen de los sicarios* es una novela que toma como motivo narrativo el deterioro social de un país representado en la ciudad de Medellín. Fernando dice: “Éramos, y de lejos, el país más criminal de la tierra, y Medellín la capital del odio” (p, 10). En un espacio apocalíptico como el que presenta la novela, surge un fenómeno que ya venía desarrollándose desde el bipartidismo con los famosos chulos, mercenarios de ambos partidos y que toman un nombre diferente al arribo del narcotráfico: el sicario, fenómeno social producido, según el narrador, debido a la suma pobreza y crecimiento poblacional de la capital paisa.

Por tal razón, en la literatura colombiana, el fenómeno del sicariato se ha situado siempre dentro del fenómeno del narcotráfico y de las secuelas que dejaron los carteles en la sociedad colombiana. Así por ejemplo, Rengifo, al referirse a *La Virgen de los sicarios*, afirma que: “El mundo novelístico se encuentra construido a partir de un marco referencial muy claro. Ancla la actuación del sicario con el narcotráfico” (2007, p. 106). Del mismo modo Erna Von der Walde ubica la misma problemática desde una óptica similar:

El sicario es el compendio de una violencia que no se hace inteligible: en el sicariato se encuentran la violencia política con la violencia social, aquellas que las ciencias sociales quisieron tratar como separables con la fórmula de «violencia negociable» y «violencia no negociable»; allí se encuentran también el narcotráfico con el paramilitarismo, la ausencia del Estado con el capitalismo salvaje de la globalización. (2000, p. 224)

Queda claro que el sicario nace de la mano del narcotráfico, no obstante, me alejo de la relación histórica entre el sicario y el narcotráfico para hablar de la construcción de estos personajes en *La Virgen de los sicarios* desde la idealización de estos jóvenes asesinos de los cuales Fernando se enamora. Aquí la diatriba se ubica en la crítica hacia la construcción de un imaginario de colombianidad violenta, pues poco a poco el gramático se enamora también de la idea eugenésica de eliminar la sociedad a partir del uso de la irónica posibilidad de erradicar la violencia con violencia.⁸

En la novela, Fernando describe a su primer niño amado desde una mirada de perfección: “como Alexis, mi amor: tenía los ojos verdes, hondos, puros, de un verde que valía por todos los de la sabana” (Vallejo, 2011, p. 10). Esta forma idílica de describir a la persona amada contiene un mensaje claro en el que Fernando presenta a sus amores sicarios con un estatus mucho más alto que simples mortales; ellos son los ángeles, los únicos, los justicieros de una sociedad podrida. Fernando es categórico en las descripciones de sus dos amores: “Alexis era el Ángel Exterminador que había descendido sobre Medellín a acabar con su raza perversa” (Vallejo, 2011, p. 64). al igual que su segundo amor: “he aquí que en Wilmar encarna el Rey Herodes. Y que saca el Santo Rey el tote y trueno tres veces. ¡Tas! ¡Tas! ¡Tas! Una para la

⁸ Este planteamiento que habla de la eugenesia se abordará con detalle en el capítulo 3, en la sección dedicada a la violencia.

mamá, y dos para sus dos redrojos” (Vallejo, 2011, p, 117). Narrativamente estos personajes son contruidos a partir de las relaciones metafóricas con las que describe a cada uno de ellos. El primero es un ángel, un ser sobrenatural que ha bajado de su pedestal para venir a ajusticiar el mal comportamiento humano; mientras el segundo encarna la realeza de la historia bíblica, la cual sentenció a muerte a los santos inocentes. La representación idílica del ser amado conserva la expresividad poética en el relato, puesto que cada vez que Fernando los nombra cambia el tono agresivo de su diatriba por un tono amable y amoroso; son sus niños, sus ángeles, sus reyes.

Si bien Alexis y Wílmар son representaciones de la muerte, dejan de ser simples sicarios producto de la destrucción estructural de la sociedad colombiana en la época del narcotráfico, para pasar a ser evaluados como herramientas necesarias en la eliminación de los vicios sociales encarnados genéticamente en los colombianos. Es necesario hacer un alto para aclarar que no se interpreta al sicario desde una apología de este oficio reprochable desde cualquier punto de vista, aquí lo que se plantea es que dentro del contexto de la novela en sí, el sicario representa los ideales eugenésicos que Fernando abandera en relación al detrimento socio-cultural de Colombia. El sicario es un elemento narrativo más del que se vale el autor para criticar y denunciar los problemas que son evidentes en nuestra sociedad, por tal razón lo idealiza, lo eleva y justifica su actuar.

El narcotráfico es solo uno de los múltiples problemas que se acusan en la novela, Vallejo trae al presente narrativo conflictos nacionales arraigados a la cultura colombiana que fueron heredados por la sociedad actual. El sicario, al igual que el narcotráfico, es el producto de un abandono total del Estado, de políticas desiguales en la repartición de las riquezas y la corrupción gubernamental que afecta todos los estamentos sociales.

Por otro lado, el sicario opera en la narración como el conector de dos épocas en la vida de Fernando. Alexis y Wilmar son los receptores de todos los recuerdos nostálgicos del gramático, así lo expresa cuando dice: “Wílmар no lo podía entender, no lo podía creer. Que alguien llorara porque el tiempo pasa” (p, 113). Para Fernando el tiempo es muy importante porque el paso de este se le llevó su paraíso terrenal, su *locus amoenus*.

Pasado y presente se conjugan en los recorridos por el espacio transformado de la ciudad. Fernando intenta recrear en su relato una sucesión de recuerdos pacíficos de su infancia. “Durante el desarrollo de la historia lo único que parece contrastar con la violencia del presente son los recuerdos de Fernando” (Morales, 2013, p.267). De este modo se entretejen dos espacios, el que Fernando recuerda y el que encuentra a su regreso.

Las comunas cuando yo nací ni existían. Ni siquiera en mi juventud, cuando me fui. Las encontré a mi regreso en plena matazón, florecidas, pesando sobre la ciudad como su desgracia. Barrios y barrios de casuchas amontonadas unas sobre otras en las laderas de las montañas, atronándose con su música, envenenándose de amor al prójimo, compitiendo las ansias de matar con la furia reproductora. Ganas con ganas a ver cuál puede más. En el momento en que escribo el conflicto aún no se resuelve: siguen matando y naciendo. (Vallejo, 2011, p, 33)

Se desconocen tanto las razones del exilio del gramático, como las de su regresó; este hecho limita al lector a creer en lo que cuenta de su pasado. En la cita se evidencia la desazón que le provoca el encuentro con la realidad de su país y en la reflexión que hace sobre las comunas se consolida el imaginario de una sociedad colombiana pobre, violenta y reproductora. Por este motivo, el espacio narrativo de la novela recrea un juego de amores y desamores por parte de Fernando. La narración lleva al lector en un vaivén entre el pasado edénico y el presente de una Colombia en llamas donde encuentra la matazón en las comunas, la pobreza reproduciéndose y el odio a flor de piel. El lugar en el que se desarrolla el relato, provoca en Fernando recuerdos, nostalgia, odio y amor. Medellín y por extensión Colombia, es entonces la excusa perfecta para desarrollar un discurso patriótico en el que el narrador expresa su inconformismo con el país que se deformó en su ausencia. Los lugares por los que nos lleva el gramático en su relato, tanto los del pasado como los del presente, hacen parte de la identidad de un pueblo que no cambió, así lo expresa Fernando cuando dice que Colombia cambia, pero sigue igual (*La Virgen*, p. 13). Él se refiere a que el espacio cambió, los lugares ya no son como los recuerda, Medellín se llenó de casas y casas, pero su idiosincrasia violenta heredada de los campesinos que trajeron con sus machetes está intacta. El único cambio que registra la novela es la forma de morir, se cambió el machetazo por la muerte a bala.

Para concluir con este capítulo, cabe resaltar que la relación personaje – espacio determina el discurso de colombianidad en la medida que el arraigo del protagonista al país está enlazado con el mundo de sus memorias. La nostalgia del personaje no solo es por los lugares, sino por lo que ese cambio geográfico y demográfico ocasionó en la sociedad. La novela describe una identidad colombiana desde la violencia, la pobreza, la religiosidad acomodada a las necesidades particulares del que reza y la corrupción del gobierno. Colombia es entonces el motivo literario de Vallejo porque es un tema que aparece de manera recurrente en la obra general del autor. El país del sagrado corazón es el lugar donde reposa toda la crítica hacia una sociedad formada en medio de las balas, el licor y la pobreza.

El espacio se convierte en el foco de una incesante diatriba en la novela, en la medida que la constante perorata se direcciona tácitamente hacia la crítica de las decisiones administrativas de ordenamiento territorial, las cuales devinieron en una de las causas del detrimento de la sociedad de Medellín, la proliferación de la pobreza y con ella la desmedida violencia de la ciudad del odio. Así mismo, el personaje expone sus memorias como una forma de regresión en busca de su espacio perdido. Las imágenes que el gramático presenta de su espacio de infancia se perciben como esa idea de que “todo tiempo pasado fue mejor”, esta es la sensación que deja la novela al ver el contraste que Fernando hace de tiempo y espacio en relación con la Medellín de sus recuerdos y aquella ciudad maldita que encuentra a su regreso.

Ahora bien, esta incesante diatriba que Vallejo mantiene en su novela refleja el inconformismo que tiene el protagonista con la realidad que se encuentra al volver a Colombia, de ahí que el gramático ubique su relato en una sucesión de recuerdos que suscitan una narración en tono nostálgico, en la que se evidencia un lamento por parte del protagonista–narrador cuando analizando lo violento que se había convertido su país dice “[...] y Colombia, entre tanto, se nos había ido de las manos” (p. 10). Sin duda su espacio, su patria chica es ese amor que se le fue, tal como la canción *Senderito del alma* de Julio Jaramillo que cita al recordar su pasado frente a Bombay. Esta relación del personaje con el espacio está mediada, por un lado, por los recuerdos de aquellos espacios de su infancia que desaparecieron y que él añora y por aquellos otros, como la cantina Bombay, que aún sobreviven. Por otra parte, Fernando trata de buscar un asidero en

Medellín mediante las relaciones que establece con Alexis y Wilmar, jóvenes en los que buscó un definitivo amor, pero que la capital del odio también se los quitó.

El uso de la retrospectiva como recurso narrativo le permite a Vallejo ubicar al viejo gramático como un personaje testigo de sucesos históricos con los que ataca, sin eufemismos, los vicios con los que se ha formado la Nación colombiana. Aristizábal propone que Vallejo es un escritor que ubica su obra en el regreso al pasado: “El proyecto literario de Fernando Vallejo (1942-) tiene la forma de una serie de regresos [...] un característico narrador autobiográfico en primera persona emprende nostálgicos regresos en los que repasa una historia de más de medio siglo de violencia” (2013, p. 291). De esta forma el escritor paisa ha configurado en la voz del gramático una narrativa que tiende a situarse en el pasado el cual usa para comparar el presente que desea eliminar.

Para concluir, es pertinente establecer la relación que tiene el análisis del espacio con la construcción de un discurso nacional en *La Virgen de los sicarios*. Como se estableció desde el principio de la investigación, Colombia es el motivo literario de Vallejo, la idealización del pasado y el ataque al presente configuran un amor de patria nostálgico. La novela es un recorrido constante por Medellín y es precisamente en esos desplazamientos que Fernando le hace duelo a un país ya muerto. Por tal motivo el espacio determina el discurso nacional que se concibe en el presente trabajo como colombianidad.

3. POBREZA, VIOLENCIA Y RELIGIÓN: REGIMENES DE COLOMBIANIDAD EN LA VIRGEN DE LOS SICARIOS

Al hablar de colombianidad es posible pensar en una identidad basada en la agrupación de sujetos con sensaciones y sentimientos comunes sobre un espacio geográfico específico delimitado por sus fronteras llamado Colombia⁹, o también por la euforia que suscita un partido de la selección de fútbol que une a casi todo el pueblo frente a un televisor¹⁰. El colombiano también se suele identificar por su alegría en medio de las tragedias, a pesar del estigma de ser un pueblo violento y narcotraficante, se une en la fe cristiana con una férrea esperanza de cambio. Tal como plantea Renan en su noción de Nación:

Una nación es un alma, un principio espiritual. Dos cosas que no forman sino una, a decir verdad, constituyen esta alma, este principio espiritual. Una está en el pasado, la otra en el presente. Una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos; la otra es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos. (1882, p. 10)

Vista así, la identidad colombiana se construye entre un pasado colmado de luchas (raciales, étnicas, clasistas, etc.) y un presente caracterizado por la resistencia social, además del anhelo de un mejor país. En el campo de la literatura, varias pueden ser las visiones de construcción de un imaginario de colectividad nacional en las que se crean arquetipos de sociedad. Por ejemplo, Eugenio Díaz Castro en su novela *Manuela* (1858) describe detalladamente una sociedad rural postcolonial, una sociedad naciente de combinaciones binarias en que se unen la ciudad y el campo, la civilización y la barbarie en el proyecto de Nación que se venían gestando desde mediados del siglo XIX. Ya en el siglo XX aparece *La Voragine* (1924) novela notable de la literatura colombiana que retrata en una prosa poética el trasegar de una pareja (Arturo Cova y Alicia) por las bravas tierras del llano y la selva amazónica, a la vez que describe las duras condiciones de vida de los indígenas esclavizados durante el auge del caucho.

⁹ Enrique Serrano, en su libro *¿Por qué fracasa Colombia?* (2016) plantea que el territorio que se pretende reconocer como Nación, supone la agrupación de pueblos dispersos en pos de una prosperidad colectiva, es decir, que el lugareño debe apropiarse e identificarse con el territorio del cual va a sacar usufructo. En otras palabras, tener un sentido de pertenencia y arraigo por su tierra. Cuestión que Serrano entra a analizar como problema, ya que aparece la dificultad de la distribución de la riqueza y con ello la desigualdad entre dueños y obreros.

¹⁰ Según la página www.ratingcolombia.com, la audiencia que presenció la actuación de la Selección Colombia en el pasado mundial de fútbol Rusia 2018, superó el porcentaje de rating histórico de un canal privado con un promedio de 33.6 %. Siendo Caracol t.v. el canal con mayores espectadores.

Por último, un ejemplo que es necesario nombrar es el de García Márquez, pues en su mundo macondiano refleja una sociedad colonizada, como se lee al inicio de la narración de *Cien años de soledad* (1967) cuando llegan los gitanos a Macondo o el caso de la invasión de la United Fruit Company que deviene en la narración de la masacre de las bananeras. Estos ejemplos permiten ver una ruta por la cual, parte de la literatura colombiana, puso en sus líneas narrativas la conformación de una imagen de sociedad colombiana.

En este orden de ideas, Fernando Vallejo entra en diálogo con la literatura colombiana que representa la identidad nacional en sus narrativas. Pues *La Virgen de los sicarios* captura uno de los momentos históricos que determinaron un estereotipo de sociedad. Este concepto será sustentado a lo largo del siguiente capítulo a partir de los presupuestos teóricos que propone Santiago Castro Gómez en su libro *Genealogías de la colombianidad* (2008) sobre la construcción de Nación desde el proceso de ingreso de Colombia al sistema mundo en el que se forman unos imaginarios simbólicos de sociedad los cuales se denominan regímenes, en los que se consolidan formas de poder y de estratificación social. A partir de estas ideas de Castro-Gómez se desglosan tres ideas de colombianidad que son: la pobreza, la violencia y la religión como foco de análisis en *La Virgen de los sicarios* pues se juzgan en el relato como imaginarios de identidad nacional. Bajo estos tres regímenes se analiza la población que describe la novela como un problema para la sociedad colombiana y cómo el protagonista opta por un proyecto eugenésico en el que se proyecta una utópica sociedad disciplinada. De este modo se evidencia la relación que hay entre estos tres regímenes con la construcción de una cultura nacional en la que la pobreza alimenta la violencia y la violencia se escuda en la fe.

La lectura que se propone de la novela de Vallejo a la luz de un discurso aparentemente nacionalista como lo es la colombianidad, implica interpretar la idea de Nación que la novela plantea, es decir, que dentro del panorama destructivo y casi distópico que propone el personaje, hay una construcción de memoria identitaria que llama la atención sobre ciertos arquetipos (genética violenta, sicariato, pobreza, cultura religiosa, narco-economía) que a pesar de la diversidad socio-cultural colombiana unifican a la población nacional en una masa homogénea.

3.1 Hacia una idea de colombianidad

La idea de establecer un concepto de colombianidad implica, según Castro-Gómez, analizar los dispositivos históricos (lingüísticos, raciales, políticos, religiosos, etc.) que buscan agrupar la población como nacional, reconociendo que aquello que aparece como Nación e identidad nacional son discursos subjetivos que requieren ser historiados (2008, p. 11). Asimismo, sitúa la colombianidad más en las formas biopolíticas de poder y dominio sobre los cuerpos, emociones y deseos de los sujetos que conforman esta comunidad imaginada, que en rastrear una única e invariable identidad de colombianos. Por esta razón, Castro-Gómez, con su equipo de investigación “Estudios Culturales”, plantea las siguientes rutas de análisis sobre la configuración de una identidad nacional: la primera ruta que se establece es que no existe una única, inmodificable y consolidada colombianidad, sino que existen unos regímenes de colombianidad que han sido el resultado de procesos inestables de articulación política y de articulaciones hegemónicas en pro del mundo capitalista, para así situar el país en el sistema mundo (Castro-Gómez, 2008, p. 12). Una segunda ruta plantea que la Nación está formada a partir de la unidad y la diferencia, es decir que el proyecto de construcción de Nación tiene un fuerte interés en la unidad política y cultural que define al colombiano dentro de unos parámetros, normas, leyes y costumbres colectivas para lograr con ello la organización y la pertenencia del sujeto hacia su territorio, por otro lado se plantea la idea de la diferenciación jerárquica de los grupos poblacionales para mantener el *statu quo* del país en la medida que las clases sociales se dividen en gobernantes y gobernados. En conclusión la idea de unidad y diferencia se resume en crear una identidad colectiva que responda al dominio de políticas de gobierno, pero dentro de la diferencia jerárquica de cada grupo social. En tercer lugar, la colombianidad se ubica justo en las luchas geopolíticas que definen a los sujetos como pertenecientes a un espacio determinado en el que se define la idea de un “nosotros”, al mismo tiempo que hay una apropiación y explotación del territorio en el marco del creciente mundo capitalista. Partiendo de lo anterior, la colombianidad se puede resumir como “luchas identitarias en las que se rearticulan y configuran distintas formas de identidades colectivas, bajo el marco o entrelazamiento de lo racial, regional, cultural o lo étnico” (Castro-Gómez, 2008, p. 12). Así, La colombianidad se puede entender como la pertenencia a un espacio geográfico determinado, igualmente a hacer parte de un grupo social identificado como un “nosotros” y por último a ser un sujeto regulado dentro de los límites territoriales y normativos de las leyes nacionales.

De este modo la colombianidad está cimentada en diferentes discursos que requieren ser evaluados y resignificados en aras de hacer justicia con cada momento histórico en la construcción de las identidades y las alteridades de las poblaciones. En este orden de ideas Castro-Gómez establece que:

Las nociones, subjetividades y prácticas de la “colombianidad” se encuentran entramadas de disímiles maneras en lo que algunos estudiosos de las ciencias sociales y muchos políticos denominan “identidad nacional”. Esta supuesta “comunidad” interpretativa y vivencial (la “colombianidad”) debe ser explicada en sus articulaciones históricas antes que supuesta como punto de partida de nuestros análisis. Así, lo que aparece como nación e identidad nacional son discursos que requieren ser historiados y desnaturalizados en aras de **evidenciar las múltiples y cambiantes ataduras de sentido, de sensaciones, de poder y de resistencia. [...] antes que de “colombianidad”, se hablará más bien de regímenes de colombianidad, entendiendo con ello los dispositivos históricamente localizados y siempre heterogéneos, que buscan unificar y normalizar a la población como “nacional”, al mismo tiempo que producen diferencias dentro de ésta.** (Castro-Gómez, 2008, p. 11. Énfasis propio)

Castro-Gómez plantea que la colombianidad pertenece a los discursos históricos de eventos que han marcado ataduras de sentido en el pensar de la población, esto se manifiesta en las formas de pensarse como colombiano según la época en la que se ubique. Por ejemplo, Colombia ha mantenido una violencia constante a lo largo de su historia, pero es muy diferente hablar de las guerras civiles del siglo XIX o del conflicto de guerrillas o en el caso puntual de *La Virgen de los sicarios*, de la época del narcotráfico. Esto evidencia que efectivamente Colombia es un país en el que los conflictos y las guerras internas han marcado un estereotipo de país violento. No obstante cada conflicto obedece a razones, intenciones, momentos y consecuencias distintas. Por lo tanto cada evento debe ser estudiado y analizado en su individualidad para entender que la Nación se ha construido y se sigue construyendo desde la resistencia como forma de desnaturalizar los pensamientos arraigados en la cultura, de allí que las expresiones culturales, el deporte, la gastronomía y la geografía colombiana entre otras, se usen como una manera para que el colombiano tenga otras formas de identidad.

No se puede pensar entonces en una colombianidad única e invariable, sino, tal como lo establece Castro-Gómez, en regímenes de colombianidad, dado que son procesos sociales, políticos, económicos y culturales en constante cambio dentro de las estrategias biopolíticas (intervención social) y geopolíticas (apropiación y explotación del territorio) en la construcción del concepto de Nación. De este modo, el análisis de la novela desde el concepto de régimen sirve para ubicar la pobreza, la violencia y la religión como estereotipos de colombianidad. Del mismo modo, el estudio se enfocará en observar cómo el discurso crítico en *La Virgen de los sicarios* inserta tácitamente una propuesta contraria a los temas expuestos. Es decir, se evidencian unas características sociales en el relato que son evaluadas desde los ideales de una sociedad deseada.

3.2 Matar la pobreza, una alternativa bio-política en *La Virgen de los sicarios*.

La pobreza es un discurso de *La Virgen de los sicarios* en el que Fernando mantiene una diatriba incesante tanto en la acusación de vicios sociales (mendicidad, reproducción de la pobreza, pobreza del lenguaje, pobreza heredada, etc.) como en la forma grotesca como se expresa hacia ella “Habían cortado a pico la barranca y construido en el hueco una dizque urbanización milagro: casitas y casitas y casitas para los hijueputas pobres, para que parieran más.” (p, 113). Este discurso aparece de una manera transversal a las diversas problemáticas que se desarrollan en cada página de la novela y es la base de múltiples críticas por parte de Fernando hacia la sociedad colombiana. Por tal motivo este trabajo se orienta hacia el análisis de las causas del desastre social que en la novela se acusan.

Como régimen de colombianidad, la pobreza ha sido una forma de poder para mantener la población controlada (Díaz, 2008, p. 59). Por tal razón se propone que la idea que suscita la novela sobre matar la pobreza obedece a una intención biopolítica de evidenciar que mantener la población empobrecida ocasiona una falta de desarrollo cultural, político y económico. De modo que la novela acude a una forma de poder radical que consiste en eliminar la pobreza como concepto y como práctica, si bien Fernando lo expresa de forma literal, hay que entender que la intención es proyectar, de manera metafórica, una forma de gobierno orientada hacia el cambio, “Hay que desocupar a Antioquia de antioqueños malos y repoblarla de antioqueños buenos, así sea éste un contrasentido ontológico” (Vallejo, 2011, p. 49). Antioquia se presenta como la

metonimia de Colombia y aunque no hay favorables esperanzas de cambio con una población nueva, sí se proyecta una idea clara de transformación social radical y de raíz.

Ahora bien, la idea de biopolítica fue expuesta y reevaluada por Michel Foucault cuando, en 1975 y hasta 1976, dictó la cátedra *Il faut défendre la société* en el College de France. Allí, interesado por el concepto de poder y sus múltiples formas, presentó una historia del Estado moderno en la que plantea que el liberalismo, más propiamente el neoliberalismo alemán y norteamericano, son las bases de las formas actuales de gobierno. En estas formas de gobierno surgidas en los siglos XVII y XVIII impera la sociedad disciplinaria la cual es intervenida por instituciones como la escuela, la cárcel, el psiquiátrico o la fábrica (Foucault, p, 88) espacios creados como formas de acondicionar y vigilar la conducta de la sociedad, para mantener el orden y regular las formas de comportamiento humano frente a la construcción de un modelo disciplinario de Nación con el fin de proyectar un Estado productivo, soberano y autosuficiente.

Foucault plantea que frente a estas formas de gobierno, a mediados del siglo XVII, aparece una nueva tecnología de poder conocida como biopolítica que se sale de los muros de las escuelas, las fábricas y las cárceles para poder intervenir directamente la vida de los sujetos y así supervisar su comportamiento en sus hábitos y formas de vida. Lo que se plantea con esto es que la intervención biopolítica de los sujetos debe estar organizada mediante estudios demográficos, estadísticas de control de natalidad, y mortalidad, criminología, educación y salubridad pública para mantener la seguridad social con el fin de optimizar la vida de los nacionales. Es decir que la biopolítica, según Foucault, es una técnica de gobierno enfocada en la población como problema biológico en la medida que la fuerza de trabajo productiva de una empresa siempre será el sujeto y este presenta múltiples y cambiantes afectaciones humanas que, si no se controlan, detendrían el desarrollo de las Naciones.

Como complemento a la biopolítica como forma de poder, Daniel Diaz (2012) establece que:

El problema central de toda biopolítica es la producción de un *cuerpo social* que debe ser gestionado y organizado en función del capital. Para el modo de producción capitalista es necesario un modo de vida capitalista. Si toda biopolítica se encuentra

ligada indefectiblemente al capitalismo es porque éste siempre ha necesitado una masa poblacional lista para ser formada como fuerza de trabajo. (p, 43)

Por consiguiente el *cuerpo social* debe ser productivo, pues la demanda del capitalismo, tal como lo establece Díaz, debe transformar a los sujetos hacia una vida capitalista y rentable. El bienestar del sujeto importa, única y exclusivamente, mientras sea la base rentable del capital de una empresa. Es la razón por la cual, a finales del siglo XIX e inicios del XX en Colombia, esta técnica de gobierno tuvo lugar en el apogeo de la intervención médica en la naciente industrialización colombiana. Dicho dispositivo político de gobierno sobre la sociedad colombiana se presentó en el fenómeno de inmigración voluntaria del campo hacia las ciudades en busca de trabajo en las fábricas y empresas. El desplazamiento presentó una población problema, pues trajo consigo una fuerte problemática de salud pública la cual tuvo que ser intervenida por el gobierno para capturar las energías productivas de los trabajadores y encaminarlas hacia el fortalecimiento de la Nación (Díaz, 2008, p. 57). Este proceso de reordenamiento demográfico se da en el momento en que Colombia comienza a incursionar en el sistema mundo-capitalista, es decir, que la naciente República incursionaba en el mercado mundial y por ende, en medio de la industrialización local, se necesitaba mano de obra calificada que respondiera a las exigencias del capitalismo. Igualmente, la biopolítica está orientada al ordenamiento social para el sostenimiento de la empresa llamada Estado: “Al decir que la biopolítica es una tecnología política que produce el cuerpo social nos referimos a la invención de un nuevo espacio de intervención en el que la población se encuentra distribuida y estratificada: lo social” (Díaz, 2008, p. 54). Este ordenamiento asegura la función de los sujetos dentro del modelo de gobierno y asegura la manipulación de los comportamientos sociales.

De acuerdo con lo anterior, la biopolítica como técnica de poder, tal como lo plantea Foucault y lo resume Díaz, presenta tres elementos claves que me interesa profundizar en el análisis de *La Virgen de los sicarios*. El primero es que la biopolítica plantea la sociedad como problema biológico en la medida que sus afectaciones humanas retrasan el progreso nacional. El segundo elemento es que la biopolítica es una forma de poder sobre el sujeto y propone un mejoramiento de las personas en pro del capital nacional. Por último, la biopolítica plantea una organización jerárquica que pretende un orden social productivo.

Ahora bien, ¿cómo se puede entender este dispositivo de poder en la novela desde la problemática de la pobreza? Fernando, en su proyecto eugenésico, ve la pobreza como un mal arraigado al genotipo colombiano, por eso la quiere eliminar, pues es la causante de la falta de progreso en la sociedad debido que en el seno de la misma se proliferan los vicios sociales: “Los pobres producen más pobres y la miseria más miseria, y mientras más miseria más asesinos, y mientras más asesinos más muertos. Ésta es la ley de Medellín, que regirá en adelante para el planeta tierra. Tomen nota” (Vallejo, 2011, p. 96). La crítica punzante hacia la proliferación de la pobreza expresa la desazón que le produce la falta de ambición hacia el progreso de las personas que se acostumbraron a mendigar “¡Mendiguitos a mí, caridad cristiana! Odiando al rico pero eso sí, empeñados en seguir de pobres y pariendo más...” (Vallejo, 2011, p. 119). Y como alternativa expone una solución que ha de entenderse dentro de los márgenes de una propuesta biopolítica:

Hubo aquí un padrecito loco, desquiciado, al que le dio dizque por hacerles casita a los pobres con el dinero de los ricos. Con su programa de televisión “El Minuto de Dios”, que pasaba noche a noche a las siete, se convirtió en el mendigo número uno de Colombia. Su cuento era que “los ricos son los administradores de los bienes de Dios”. ¿Habrás visto mayor disparate? Dios no existe y el que no existe no tiene bienes. Además el que ayuda a la pobreza la perpetúa. Porque ¿cuál es la ley de este mundo sino que de una pareja de pobres nazcan cinco o diez? La pobreza se autogenera multiplicada por dichas cifras y después, cuando agarra fuerza, se propaga como un incendio en progresión geométrica. Mi fórmula para acabar con ella no es hacerles casa a los que la padecen y se empeñan en no ser ricos: es cianurarles de una vez por todas el agua y listo; sufren un ratito pero dejan de sufrir años. Lo demás es alcahuetería de la paridera. El pobre es el culo de nunca parar y la vagina insaciable. El mal que le hizo ese padrecito a Colombia no tiene nombre. (Vallejo, 2011, p. 79)

De esta cita es importante resaltar dos aspectos de la visión de pobreza que tiene el gramático. El primer aspecto es que Colombia es una Nación de mendigos que solo saben pedir, esto conlleva al segundo aspecto que es que la perpetuación de la pobreza se da a causa de las ayudas y la reproducción desaforada de la misma, pues los sujetos se acostumbran a recibir y no a luchar por obtener sus propias cosas. En contraposición a ello aparece la propuesta de

eliminación de los pobres, “cianurarles el agua”. Lo que realmente se presenta en la novela es una revaloración de la organización socio-económica como estrategia para no reproducir más la pobreza, cambiando así las mentalidades de los sujetos. Esta alternativa de eliminación de la pobreza se presenta como una campaña eugenésica por parte de Fernando, una técnica biopolítica para el mejoramiento de la sociedad colombiana.

Fernando expone la pirámide jerárquica en la que la sociedad, empeñada en seguir siendo pobre, abre la posibilidad de optar por la mendicidad como un empleo. Así se perpetúa el estancamiento social y no genera progreso, por tal razón el gramático desea eliminarla. Ahora bien, las jerarquías mencionadas en la cita establecen tres posiciones en la pirámide, los ricos como administradores de la riqueza de Dios, la iglesia como mediadora entre ricos y pobres y los pobres como eternos mendigos. Al contextualizar la cita con el famoso banquete del millón que organizaba el padre García Herreros para caridad de los pobres, se recuerda el problema que el sacerdote tuvo por haber recibido una hacienda para obras sociales del para entonces, máximo capo del narcotráfico Pablo Escobar. Su defensa la presentó en el programa minuto de Dios diciendo “yo sé que muchos se pueden escandalizar, no piensen que el padre García Herreros, en quien se tenía esperanzas, también se corrompió. Cuando se hace la voluntad de Dios no hay corrupción” (García Herreros, 2012, video). De este modo el contexto en el que se desarrolla la cita contiene una evidente preocupación por la complicidad con la que la iglesia acepta dineros nacidos de la violencia para perpetuar la pobreza en la mendicidad.

Entonces, dejar de lado la mentalidad de reproducir pobreza debe obedecer también a un cambio del concepto de riqueza, pues tal como lo plantea en su libro *¿Por qué fracasa Colombia!:*

La riqueza se deriva del lujo, muy al estilo semítico. La posibilidad del derroche se da en gran medida de no tener que trabajar, de poder pasar largas temporadas libres de cualquier presión económica. La riqueza, entonces, está entre nosotros más por el lado de gastar que el de producir, y en general la mayor parte del pueblo colombiano no tiene un espíritu de ahorro y de reinversión eficiente; además, con la gran desconfianza que siente hacia sus semejantes, no la arriesga con otros o en empresas colectivas, porque teme que ahí será esquilado. (2016, p. 227)

Esta visión de riqueza que acusa Serrano es la que se proyecta en los personajes sicarios de la novela, jóvenes nacidos en familias pobres que ven en la delincuencia una forma de adquirir riqueza. Por esta razón, estos sujetos están fuera del discurso nacional, porque no están pensando en el mañana sino en el ahora¹¹. Entonces, regular la pobreza implica también la regulación de las formas delictivas de vivir y por consiguiente una posibilidad de avances sociales hacia la construcción de una comunidad imaginada en términos de desarrollo social, cultural, económico y político.

En *La Virgen de los sicarios*, la pobreza se presenta como algo heredado que no ha tenido evolución salvo en las formas de matarse, que pasaron del machete a las balas, “Los fundadores, ya se sabe, eran campesinos: gentecita humilde que traía del campo sus costumbres, como rezar el rosario, beber aguardiente, robarle al vecino y matarse por chichiguas con el prójimo en peleas a machete.” (Vallejo, 2011, p. 33) estas costumbres traídas de los ancestros han sido una forma de vida que se ha mantenido en la sociedad colombiana. El desarrollo social que presenta la anterior cita expone una población delincuente, borracha y rezandera la cual es elevada a la categoría de fundadores, es decir, que desde el principio, el proyecto de construcción de Nación inició mal. Por otra parte, la novela se deja ver una ilusión de riqueza de la cual Serrano habla cuando dice que “El concepto de riqueza está fuertemente ligado a lo que se puede tener en las manos, cargar en unas mulas y llevar a otro lugar” (2016, p. 226). La riqueza que trajeron los campesinos fue lo que las actuales generaciones reflejan, por eso en la novela, a los sicarios les basta con lucir sus tennís finos, su ropa de marca y sus armas.

3.3 La violencia como representación histórica de los imaginarios de colombianidad.

Santiago Castro Gómez (2008) sustenta la idea de colombianidad a partir de la incursión de la Nación al capitalismo, es decir, a partir de ubicar la economía en el contexto mundial como proveedores de materia prima y a su vez receptores de productos elaborados con estas (p, 229). Así, dentro del contexto continental se manifestaba un americanismo naciente que se desligaba

¹¹ Los sicarios hacen parte de otro problema biopolítico que se abordará en el siguiente apartado pues representan un momento más de la violencia en Colombia que no ha permitido el desarrollo cultural hacia otras formas de pensar que no sean coaccionadas por el miedo

de las tradiciones heredadas del pueblo español, obteniendo con este cambio político-económico una estratificación de clases sociales representadas en su mayoría por el proletariado y la clase media. Según las promesas del sistema capitalista, Colombia se proyectaba como una nación próspera y progresista, no obstante la situación en el país fue otra:

A contrapelo de lo que era escenificado pomposamente en los imaginarios de la noopolítica, en Colombia las redes de ferrocarril nunca funcionaron, Bogotá no se convirtió en la Nueva York sudamericana, la clase obrera jamás fue revolucionaria, la burguesía no abandonó la economía colonial de la hacienda, la gran mayoría de la población adolecía de servicios básicos de salud, vivienda y educación, la investigación científica era prácticamente inexistente, la ley nunca fue imparcial, la racionalidad burocrática del Estado no funcionó y la mayor parte de la intelectualidad crítica permaneció atada a los imaginarios de la “ciudad letrada” republicana. (Castro-Gómez, 2008, p. 16)

En este contexto poco alentador, el concepto de noopolítica definido por Castro-Gómez como “la producción de un mundo que nos subordina pero que al mismo tiempo deseamos, pues nos ofrece las condiciones ideales de nuestra existencia” (p, 20) no se logró. El progreso que debía depender de esas formas mercantiles capitalistas favoreció a sectores económicos selectos en el país, de este modo, mientras las ideas capitalistas se consolidaban en el territorio nacional, las clases sociales fueron abriendo brechas sociales tan grandes que han servido de tierra fértil para la proliferación de la violencia. Ante este panorama en el que las vías del progreso y la modernidad se ven estancadas, Fernando, autoproclamado como la memoria y consciencia de Colombia en *La Virgen de los sicarios*, plantea que el progreso está ligado a las modernas formas de eliminar la sociedad:

Los fundadores, ya se sabe, eran campesinos: gentecita humilde que traía del campo sus costumbres, como rezar el rosario, beber aguardiente, robarle al vecino y matarse por chichiguas con el prójimo en peleas a machete. ¿Qué podía nacer de semejante esplendor humano? Más. Y más y más y más. Y matándose por chichiguas siguieron: después del machete a cuchillo y después del cuchillo a bala, y en bala están hoy cuando escribo. Las armas de fuego han proliferado y yo digo que eso es **progreso**,

porque es mejor morir de un tiro en el corazón que de un machetazo en la cabeza. (Vallejo, 2011, p 33 Énfasis propio)

De esta forma tan categórica, Fernando resume a los fundadores de Medellín como una estirpe mañosa, borracha, religiosa, delincuente y pobre; como una caricatura de una sociedad a la deriva forjada bajo sus propias leyes. *La Virgen de los sicarios* es, al mejor estilo de los cuadros de costumbres, un bosquejo caricaturesco que, dentro de la lógica de este arte, exagera ciertos rasgos sobresalientes de la sociedad colombiana. Así, la violencia, la pobreza, la reproducción humana y el apego al mito religioso son los rasgos de una colombianidad exagerada por la pluma del autor antioqueño. Alejandra Jaramillo se refiere a ello cuando dice: “el texto hace que el lector disocie esa realidad novelada de la de él mismo” (p. 114). En la medida que él relaciona su tragedia personal con el contexto nacional, allí se condensa una prosa hiriente, irónica, paródica y acusadora que hace ver la realidad de colombiana menos cruel que la realidad del texto. Por ejemplo, la violencia se configura en la novela como una especie de herencia genética en la sociedad colombiana, esto acusa a los fundadores que trajeron la violencia y a sus sucesores vengadores.

Además de los enemigos que les dejaron sus difuntos padres, hermanos y amigos, cada quien en las comunas se consigue por su propia cuenta los propios para heredárselos a su vez, todos sumados, a sus hijos, hermanos y amigos cuando lo maten. Es la herencia de la sangre, el río desbordado”. (Vallejo, 2011, p. 99)

La alusión metafórica de “el río desbordado” y la idea de venganza como herencia hacen referencia a la imposibilidad de contener ese rasgo genéticamente violento que se ha normalizado en los imaginarios nacionales, como si esto fuera patrimonio inmaterial del colombiano, tal como lo expresa Jaramillo cuando habla de las narrativas de la violencia en Colombia: “La regularidad de la pobreza y la guerra en Colombia ha llevado, en algunos casos, a la perversa idea de que existe una esencia violenta o una traza genética violenta en sus ciudadanos”. (2005, p. 20). Es precisamente esa regularidad de la violencia mezclada con la pobreza la que protagoniza los procesos de formación, constitución y consolidación del Estado colombiano en los ámbitos económicos, políticos y sociales de los cuales Vallejo se vale para

crear dentro de su narrativa, un discurso socio-político que implica la reflexión histórica de la unificación socio-cultural de Colombia.

Ahora bien, si contextualizamos la novela de Vallejo respecto a la literatura que narra la violencia colombiana, se puede observar en esta marcada tradición literaria una transición de hechos históricos interpretados en las letras de escritores nacionales. Enunciaré brevemente tres ejemplos para dar un bosquejo de los cambios de sentido que la violencia, como tópico literario en Colombia, ha tenido. Por ejemplo, *La Vorágine* de José Eustasio Rivera inicia el tono de denuncia en la literatura colombiana al exponer en su texto un tipo de violencia social sobre la explotación de los caucheros en la Amazonía, esta violencia semejante a la de la esclavitud se sitúa en los rezagos dejados por la colonización. Años después aparece la novela *Cóndores no entierran todos los días* de Gustavo Álvarez Gardeazábal que narra la violencia bipartidista en la década del 50 en la cual aparecen los antecesores de los sicarios llamados “los pájaros” quienes se lanzan en arremetida sangrienta contra el liberalismo. Así mismo Gabriel García Márquez hace de *Cien años de soledad* una compilación de hechos violentos, guerras civiles y masacres acontecidas en la conformación del Estado – Nación. Los anteriores ejemplos ofrecen un panorama temático en la literatura colombiana en la que se narran tipos de violencias ligadas a problemas sociales, económicos y políticos que la sociedad colombiana ha tenido que soportar.

Vallejo no es ajeno a este problema histórico al situarse en un contexto preciso en el que los carteles, el narcotráfico y los sicarios hacen parte de otro tipo de violencia que sufrió el país en la década de los 80's y principios de los 90's. En consecuencia, se refleja en la literatura colombiana un estado de constante violencia, el cual ha sido el reflejo de una sucesión de políticas de gobierno que moldean al sujeto social hacia un solo pensamiento: el miedo a morir, a viajar, a emprender e incluso a salir de casa. Lo anterior presume una posibilidad de ejercer un control biopolítico por parte del gobierno, en la medida que la violencia permite mantener la pirámide social entre gobernantes y gobernados, pues otorgar sensaciones de seguridad mantiene el control sobre el pueblo para que este funcione según las intenciones políticas y económicas del gobierno.

Para hacer claridad sobre el régimen de violencia como un aspecto de colombianidad en la novela hay que analizar la función que cumplen los sucesos históricos en ella, para así ubicarla

dentro de la tradición literaria que plantea la violencia como eje central de la composición narrativa colombiana. Se puede ver que la novela reflexiona sobre diferentes procesos violentos que inician con las problemáticas que derivaron de las luchas bipartidistas de mitad del siglo XX:

Cuánto hace que se murieron los viejos, que se mataron de jóvenes, unos con otros a machete, sin alcanzarle a ver tampoco la cara cuartada a la vejez. A machete, con los que trajeron del campo cuando llegaron huyendo dizque de “la violencia” y fundaron estas comunas sobre terrenos ajenos, robándoselos, como barrios piratas o de invasión. De “la violencia”... ¡Mentira! La violencia eran ellos. Ellos la trajeron, con los machetes. De lo que venían huyendo era de sí mismos. Porque a ver, dígame usted que es sabio, ¿para qué quiere uno un machete en la ciudad si no es para cortar cabezas? (Vallejo, 2011, p. 97)

El narrador de Vallejo no admite la inocencia de ningún sujeto dentro del escalabro social que se denuncia en la novela, “Ni en Medellín ni en Colombia hay inocentes; aquí todo el que existe es culpable, y si se reproduce más. Los pobres producen más pobres y la miseria más miseria, y mientras más miseria más asesinos, y mientras más asesinos más muertos” (Vallejo, 2011, p. 96). Vallejo ubica a su narrador como un fiscal que acusa las responsabilidades que cada sujeto tiene en la construcción del país, pues Fernando desde su terraza señala al sujeto del común como responsable de perpetuar la pobreza al reproducirla incansablemente, fenómeno que a su vez multiplica indefectiblemente la violencia.

El escritor paisa se aleja de las narrativas que cuentan la historia desde la óptica de las víctimas y concentra su narración en la imagen del sicario en la sociedad como parte del problema socio-cultural del país. Así retoma lo que García Márquez (1959) propone en su texto “Dos o tres cosas sobre la literatura de la violencia en Colombia” acerca del tópico de la violencia en Colombia: “Quienes vuelvan sobre el tema de la violencia en Colombia, tendrán que reconocer que el drama de ese tiempo no era solo el del perseguido, sino también el del perseguidor. [...] Porque no hay drama humano que pueda ser definitivamente unilateral” (García Márquez, 1959). El nobel colombiano habla de la época denominada “de la violencia en Colombia”, al igual que Fernando acusa el desplazamiento rural hacia la ciudad por esta misma causa, esto fue lo que generó la desaparición total de la Medellín de su infancia. Aquí lo

relevante sobre lo que plantea García Márquez es la idea de contar la violencia de manera bilateral, tanto de las historias de las víctimas como la de sus victimarios. Así, Fernando acusa que a la vez que las víctimas de la violencia poblaron el Valle de Aburrá huyendo de ella, al mismo tiempo eran los victimarios que traían bajo la costumbre de sus machetes cortadores de cabezas a la violencia misma (p, 97). El gramático se ubica entonces como el observador víctima de este cambio, pero que en el presente de la novela se posiciona al lado de los victimarios, que sin ser uno de ellos los sigue, se enamora de ellos y justifica su actuar. Fernando es entonces el juez que acusa, reflexiona y evidencia el choque de estos dos agentes con los que se configura una colombianidad alrededor de los imaginarios de violencia en el que agresor y la víctima comparten el mismo drama.

En este orden de ideas, *La Virgen de los sicarios* presenta un personaje que es víctima y victimario a la vez; el sicario es una figura que compone ambas caras de la moneda en la medida que es el resultado de otra guerra que se acusa en la novela, la del narcotráfico, forma de violencia que le dio a Colombia el deshonroso cupo en la lista de los países más peligrosos del mundo. El sicario se presenta como una víctima en la medida que la nación no ofrece otras oportunidades para el progreso personal del colombiano.

¿Y hoy qué? Hoy dando parte a la nación porque veinticinco mil soldados habían dado de baja al presunto capo jefe del narcotráfico, contratador de sicarios. [...] Con la muerte del presunto narcotraficante que dijo arriba nuestro primer mandatario, aquí prácticamente la profesión de sicario se acabó. Muerto el santo se acabó el milagro. Sin trabajo fijo, se dispersaron por la ciudad y se pusieron a secuestrar, a atracar, a robar. Y sicario que trabaja solo por su cuenta y riesgo ya no es sicario: es libre empresa, la iniciativa privada. Otra institución pues nuestra que se nos va. **En el naufragio de Colombia, en esta pérdida de nuestra identidad ya no nos va quedando nada.** (Vallejo, 2011, p. 39. Énfasis propio)

Pablo Escobar, contratador de sicarios, representa un momento crucial en la configuración de la imagen violenta que aún se tiene del colombiano. El sicario adopta la imagen del capo como un modelo digno a seguir, es esa representación del mal la que se intenta seguir, una herencia más de violencia como la que trajeron los fundadores de esta Nación que Fernando

denomina como naufragio. No deja de ser polémico que el sicariato entre en una forma de identidad colombiana como una profesión, pues justamente esta incursión del imaginario violento como régimen de colombianidad es el que se ha venido normalizando en el pensar nacional, por eso resulta normal ver los noticieros atestados de informes y crónicas de muertos: “Que a fulanito lo mataron dos sicarios. Y los sicarios del apartamento muy serios. ¡Vaya noticia! ¡Cómo andan de desactualizados los noticieros!” (Vallejo, 2011, p. 12). Esta normalidad con la que los noticieros presentan las muertes violentas devela una realidad casi innombrable en Colombia y es el hecho de que Colombia ha mantenido un estado latente de violencia que se transmite en televisores y radios que, como una noticia de deportes o farándula, se presenta como parte del diario vivir del pueblo colombiano.

Desde el inicio de la narración, Fernando se muestra pesimista frente a un posible cambio, pues después de su primer encuentro con Alexis en el cuarto de las mariposas, Fernando inicia su recorrido hacia Sabaneta y allí hace un comentario categórico en la construcción del discurso crítico sobre Colombia: “es que Colombia cambia pero sigue igual, son nuevas caras de un viejo desastre” (p. 13). Este comentario lo hace para referirse a la carretera destartalada que conduce de Medellín a Sabaneta desde hace cien años y que aún no arreglan, y lo emplea para representar a través de ese camino de herradura el modo en que ve a Colombia, un país destartalado y aún sin esperanzas de cambio. No obstante, este comentario, en apariencia sencillo al hablar de una simple carretera, toma connotaciones más profundas en lo sucesivo de la narración en la medida que al hablar de las nuevas caras de un viejo desastre, deja entrever que la historia colombiana se ve inmersa en un espiral en decadencia en el que cada vuelta hunde más al país

“Y matándose por chichiguas siguieron: después del machete a cuchillo y después del cuchillo a bala, y en bala están hoy cuando escribo. Las armas de fuego han proliferado y yo digo que eso es progreso, porque es mejor morir de un tiro en el corazón que de un machetazo en la cabeza”. (Vallejo, 2011, p. 34)

Así es la forma como se construye *La Virgen de los sicarios*, una narración aparentemente cíclica de acciones violentas y sucesos repetitivos en el que se crea una atmósfera de no evolución, de una caída en espiral de la sociedad que en la novela se describe. El efecto de

violencia repetitiva que parece un rosario de asesinatos, deja ver una sociedad pasiva frente a las descomunales desgracias de Colombia, tal como lo plantea Serrano Cuando afirma que:

La mentalidad del pueblo colombiano, a pesar de las muchas dificultades y violencias que ha tenido que vivir en los últimos 150 años, sigue siendo resignada y pasiva. Esa psicología del audaz que enfrenta todo y desafía cualquier obstáculo, de aquel que se siente justificado en su acción y justifica a su grupo de manera automática, representa un fenómeno que no ha existido o apenas está naciendo en la mentalidad de la que somos parte. (2016, p. 161)

La pasividad y resignación del pueblo colombiano que acusa Serrano es lo que Vallejo literariamente ataca en su constante llamado a la memoria, a poner su obra como espejo en el que la sociedad se observa y proyecta sus acuerdos y discrepancias sobre la realidad que se recrea en *La Virgen de los sicarios*. El argumento anterior es quizá el más significativo para evaluar la idea de no cambio, de espiral en decadencia, de tener la sensación de ver muchas veces la misma película de acción sin despertar el sentido crítico de los espectadores.

3.4 El discurso religioso de Fernando

En América Latina, el cristianismo surge como una imposición política en el proceso de colonización española sobre los pueblos indígenas bajo un fuerte liderazgo de la iglesia católica. Como orientación política, la iglesia obedece a la incursión del nuevo mundo a un proyecto de globalización bajo el poder europeo, en el que el nuevo territorio les pertenecía y por ende sus riquezas y sus gentes. Por lo tanto, desconociendo la ya existencia de sociedades políticamente organizadas en el territorio rebautizado como “América”, se impuso un reordenamiento territorial y la creencia monoteísta del cristianismo. Sobre esta forma de cristiandad impuesta, Mignolo establece que:

La idea de América que complementó la del «descubrimiento» nació en la intersección de la cosmología cristiana, la economía capitalista naciente y las reacciones decoloniales de los pueblos indígenas de Anahuac y Tawantinsuyu, que primero intentaron expulsar a los invasores y, más tarde, preservar su propia lengua, creencias y modos de vida social y familiar. La tensión inicial entre la diversidad de españoles y portugueses y la de los indios se volvieron más complejas con la llegada de los esclavos

africanos y, tiempo después, hacia mediados del siglo XVII, con el surgimiento de la conciencia criolla. Esa intersección distintiva del siglo XVI se reforzó con el hecho de que los cristianos ganaron terreno desplazando a moros y judíos, de modo que el cristianismo se impuso como la religión por excelencia del mundo capitalista, que en el siglo XVIII se transformó en liberalismo y en la segunda mitad del siglo XX y principios del siglo XXI en neoliberalismo (o conservadurismo político). (2005, p. 57)

Mignolo plantea que América fue un concepto creado por los europeos que llegaron a apropiarse de este territorio, América ya existía y por lo tanto tenía su nombre, sus propias reglas y formas socio-políticas de vida. Igualmente ubica al cristianismo en el centro del desarrollo de modelos político-económicos capitalistas, esto debido a que la relación con una divinidad modula el comportamiento social del sujeto. Sobre el tema, Serrano establece que: “Las religiones son definitivas en toda sociedad, tienen que ver con la concepción de la muerte, de la vida y con el sentido que esta representa, con la idea de pecado, de castigo o de recompensa que está implícita o explícita en la cultura” (2016, p. 212). Por lo tanto, se puede entender que la religión se configura políticamente como una técnica biopolítica, en la medida que busca una supuesta salud espiritual en los sujetos para que estos controlen sus impulsos y se sientan vigilados por un ser omnipresente que además, es presentado como castigador. El poder metafísico que ejerce la creencia religiosa supone un ordenamiento comportamental del sujeto, idea clave en la implementación biopolítica de gobiernos capitalistas, puesto que una sociedad ordenada y obediente es fácilmente manipulable y controlable.

La religión es un fenómeno social que se implantó en todos los pueblos de América Latina donde las ceremonias, los rituales y la adoración a santos y vírgenes son comunes en estos países. Del mismo modo, el cristianismo en Colombia cumplió con la función que Mignolo analiza: ser el estandarte de la conformación de políticas neoliberales. De esta manera, Colombia se configura como un pueblo creyente y sumiso a la voz de la iglesia católica. Momento que tiene lugar en la famosa Regeneración del siglo XIX, en el que el país es entregado al sagrado corazón de Jesús y por consiguiente reprimida cualquier idea de reforma liberal.

En *La Virgen de los sicarios*, el régimen de la religión es orientado hacia el análisis de, cómo ciertos imaginarios que se tienen del cristianismo, como la caridad, lo místico en la

adoración de imágenes “divinas” y la protección celestial; han transversalizado las problemáticas de la pobreza y de la violencia que se presentan en la novela. Por un lado los pobres acuden a la iglesia como mendigos perpetuos en busca de ayuda “De él fue entonces la idea de que fuéramos a Sabaneta adonde María Auxiliadora. “¿A qué vas? –le pregunté–. ¿A dar gracias, o a pedir?” Que a ambas cosas. Los pobres son así: agradecen para poder seguir pidiendo” (Vallejo, 2011, p. 110) La religiosidad que se presenta, hace referencia a la manera como la religión es concebida por la población colombiana, esta postura del narrador ubica a los pobres como eternos pedigüños y a la iglesia como la proveedora de esperanzas y limosnas. Por otro lado, la virgen se presenta como un amuleto que protege a los jóvenes sicarios.

Le quité la camisa, se quitó los zapatos, le quité los pantalones, se quitó las medias y la trusa y quedó desnudo con tres escapularios, que son los que llevan los sicarios: uno en el cuello, otro en el antebrazo, otro en el tobillo y son: para que les den el negocio, para que no les falle la puntería y para que les paguen. Eso según los sociólogos, que andan averiguando. (Vallejo, 2011, p. 18)

Este apego a las imágenes consideradas como sagradas hace parte del régimen religioso que une sentires y pensares en la sociedad colombiana. La religión, particularmente la católica, se configura como un régimen en la medida que establece conexiones culturales entre regiones, homogeniza la población colombiana alrededor de sus rituales religiosos y presenta a la Virgen como la imagen de patrona a la cual se acude para pedir intercesión. En Colombia existen diferentes manifestaciones en las que se presenta a la Virgen María como la patrona de un lugar o un oficio, así por ejemplo se venera a la virgen de Chiquinquirá, a la del Carmen, a la de Guadalupe, etc. Cada una con una función y devoción diferente en la creencia popular.

En la novela, el gramático desarrolla una discursividad religiosa ambigua, pues, mientras niega la existencia del todo poderoso: “Dios no existe y si existe es la gran gonorrea” (Vallejo, 2011, p. 90). Ora fervorosamente a la Virgen madre del hijo de Dios: “Virgencita niña, María Auxiliadora que te conozco desde mi infancia, [...], hazme un favor: Que este niño que ves rezándote, ante ti, a mi lado, que sea mi último y definitivo amor; que no lo traicione, que no me traicione, amén” (Vallejo, 2011, p. 17). El discurso de Fernando frente a la religión tiene un tono paródico en la medida que, aparte de hacer mofa de Dios y las costumbres religiosas, se vale

de este discurso para hacer un paralelo de cómo una creencia puede ser vista desde un punto de vista violento, vengativo y grotesco; a contradicción de lo que se postula en la teología cristiana, el amor, el perdón y la reconciliación. Es esta la razón de volcar la mirada hacia el análisis de la advocación mariana de María Auxiliadora como una representación de la religiosidad colombiana dentro de las creencias míticas que subyacen en las figuras católicas.

Ahora bien, en la novela es evidente la incesante diatriba, que como recurso discursivo, recae sobre la religión. Si vemos cómo inicia la novela, allí se puede apreciar un guiño histórico al proceso denominado Regeneración, en el cual Colombia es puesta en las manos de la iglesia católica en el s. XIX con la figura del sagrado corazón de Jesús.

A él está consagrada Colombia, mi patria. Él es Jesús y se está señalando el pecho con el dedo, y en el pecho abierto el corazón sangrando: góticas de sangre rojo vivo, encendido, como la candileja del globo: es la sangre que derramará Colombia, ahora y siempre por los siglos de los siglos amén”. (Vallejo, 2011, p. 8)

Fernando compara la sangre del sagrado corazón de Jesús con la de todos los muertos en la historia bélica colombiana y remata con un responso religioso para acentuar la crítica y a la vez la burla hacia la iglesia. La alusión a la época en la que se consagra Colombia a la iglesia católica aparece de manera anacrónica en la medida que la novela se ubica justo en el momento en que se estrena una nueva constitución que establece al país como una Nación laica, este anacronismo obedece a que pese al cambio constitucional, la novela acusa un apego a las tradiciones cristianas conservadoras del siglo XIX y que se mantienen en la cultura colombiana a finales del siglo XX. Así, el discurso hegemónico que se desarrolló en Colombia en el s. XIX¹² se reevalúa conceptualmente para darle un giro paródico, no solo en la comicidad que en ocasiones suscita la narrativa de Vallejo, sino en los paralelos que se establecen entre las creencias de ambos siglos. Sobre lo dicho, Hoyos, en su planteamiento sobre la destrucción de la civilización cristiana en el presente, establece que:

¹² El concordato en Colombia celebrado entre el papa León XIII y Rafael Núñez el 31 de diciembre de 1887 establece en el artículo primero que: La Religión Católica, Apostólica y Romana, es la de Colombia; los poderes públicos la reconocen como elemento esencial del orden social, se obligan a protegerla y hacerla respetar, lo mismo que a sus ministros, conservándola a la vez en el pleno goce de sus derechos y prerrogativas. Con este documento se refuerza el poderío católico en Colombia bajo las ideas de la Regeneración.

Podría pensarse que con ello Vallejo se estaría proponiendo una empresa anacrónica. ¿Acaso no hemos pasado ya por una modernidad laicizante? El escritor, que ha dedicado muchas páginas a un ataque visceral contra valores y prácticas religiosas, no parece estar muy convencido. Para éste, el anacronismo no radicaría en la lectura antirreligiosa del presente sino en la realidad misma, que se aferra a la religión de antaño. (2010, p. 114)

Lo que Hoyos propone es que el gramático, en su constante agresión a la institución religiosa, intenta desvirtuar la función de la iglesia en la sociedad actual. Allí reside la idea de la religiosidad de Fernando, precisamente en la subversión de los valores religiosos, en atacar una institución hegemónica que se mantiene después de tantos años. De ahí que de forma paródica Fernando diga: “Y yo pensando que la Iglesia andaba en más bancarrota que el comunismo... Qué va, está viva, respira. La humanidad necesita para vivir mitos y mentiras.” (p. 16). El gramático utiliza el mismo discurso de consolidación Nacional decimonónica, pero al final del siglo XX, en el que la religión parece ser un pilar indestructible y con ello recalcar el anquilosamiento histórico al que está sometido Colombia bajo el imperio de la religión.

Sobre lo que expone Hoyos sobre una sociedad que se aferra a una religión de antaño, es imperante tener como ejemplo una de las figuras más representativas de la iglesia que se presenta en la novela, vista desde una perspectiva de religiosidad a contracorriente y que la crítica de *La Virgen de los sicarios* ha dejado al margen, la referencia es precisamente a la Virgen:

“La Virgen de Sabaneta hoy es María Auxiliadora, pero no lo era en mi niñez: era la Virgen del Carmen (...) Un tumulto llegaba los martes a Sabaneta de todos los barrios y rumbos de Medellín adonde la Virgen a rogar, a pedir, a pedir, a pedir que es lo que mejor saben hacer los pobres amén de parir hijos. Y entre esa romería tumultuosa los muchachos de la barriada, los sicarios.” (Vallejo, 2011, p. 10)

Este cambio que acusa Fernando de la virgen de su niñez no es fortuito, pues si bien es cierto y comprobable que en Sabaneta se encuentra María Auxiliadora, Vallejo se vale para hacer una crítica en la función que se le da a la figura de la Virgen en el presente de la novela. El

catolicismo otorga ciertos dones a la Virgen, que siendo una, se divide en varias formas de representación según la devoción de los fieles, a esto se le denomina *las advocaciones Marianas* y es precisamente María Auxiliadora una advocación que hasta el s. XIX se le otorgó a la Virgen a favor de la defensa militar de los baluartes católicos y ortodoxos frente a los pueblos no cristianos¹³. María Auxiliadora es la Virgen de los guerreros que protegen la fe cristiana. En el caso de la novela, es la patrona de los sicarios que, dentro del contexto de la novela, defienden los principios de sociedad que Fernando quisiera ver en Colombia.

En Vallejo cuesta creer que existan cosas al azar, por tal razón la visualización del cambio de la patrona de los conductores (La Virgen del Carmen) por la defensora de las batallas cristianas (María Auxiliadora) tiene una intención crítica camuflada en la novela y es precisamente evidenciar la permanencia de un discurso religioso en la sociedad actual. Es así que el símbolo histórico que se le otorga a María Auxiliadora por varios representantes de la iglesia como la protectora de las batallas y auxiliadora en el momento de la muerte, se revalúa en la advocación arbitraria que le da Vallejo: *La Virgen de los sicarios*. No obstante, esta advocación vallejana guarda, dentro de sus debidas proporciones, los aspectos devocionales de la iglesia, pero en la fe desquiciada del sicario: que le vaya bien en la guerra (a la hora de matar) y que lo auxilie a la hora de la muerte (que no lo vayan a matar), es la relación mística de fe que los sicarios encuentran en los escapularios que se cuelgan en el cuerpo. Esta fe metafísica propia de la creencia religiosa es puesta al servicio del interés particular del sicario, al igual que la iglesia en las luchas contra el imperio Otomano, para justificar su actuar bélico en favor de la fe cristiana. Así Vallejo establece de manera paródica una advocación a la Virgen bastante problemática, establecer una patrona, madre o señora de los sicarios a favor de, lo que según cree Fernando, es la limpieza de raza, discurso hegemónico del s. XIX “Hay que desocupar a Antioquia de antioqueños malos y repoblarla de antioqueños buenos (...)” (Vallejo, 2011, p. 49). Por lo anterior se utiliza la figura religiosa de la virgen para darle legitimidad al sicariato dentro de una sociedad tan católica como la colombiana. Por consiguiente, hablar de la religiosidad de Fernando implica hacer un análisis no solo de la muerte de Dios como correspondencia al

¹³ La advocación de María Auxiliadora tiene diferentes usos históricos, los más relevantes son los que determinan su uso en las luchas contra el imperio Otomano y otras las que establecen el auxilio a la hora de la muerte: <https://books.google.com.ar/books?id=Fl77Sb2Zp6gC&pg=PA20#v=onepage&q&f=false> p. 23

discurso moderno en la novela¹⁴, sino en cómo la novela critica, revalúa y ataca desde adentro la iglesia cristiana, es decir, con los mismos argumentos que tiene esta para defender la fe cristiana por medio de la figura de María Auxiliadora.

En conclusión, Vallejo ha construido un texto en el que se conectan tres regímenes con los cuales se construye una idea de colombianidad. La pobreza, la violencia y la religión tienen una particular resonancia en el desarrollo como Nación y Vallejo los pone en juego en la novela. Esta es la razón por la cual el discurso literario de la novela es vigente en nuestros días, pues estos regímenes mencionados son hasta el momento un problema que no se soluciona.

El régimen de la pobreza está ligado a procesos sociales anteriores al desbarajuste que Fernando encontró al regresar a Medellín. En la novela, la pobreza se focaliza en las comunas donde se reproduce este fenómeno social. Fueron las montañas que recuerda Fernando el lugar que los campesinos desplazados por la violencia de mitad de la del siglo XX llegaron a poblar. Además, la pobreza se acusa como el germen de la violencia en Medellín. Este régimen tiene una función particular en la estructura del relato, debido a que a partir de esto se cimenta una crítica al estado por el abandono social, a la iglesia por acolitarla con sus actividades misericordiosas y a la institución familiar por ser reproductora de este mal nacional llamado pobreza.

La pobreza fue el foco de atención del cartel de Medellín, jóvenes pobres que se unieron a la violencia como una posibilidad de sustento, pero después de la muerte del capo quedaron a la deriva, esto se ve en el argumento de *La Virgen de los sicarios*, pues el relato tiene la particularidad de contar un momento coyuntural de la historia violenta colombiana en el que el gran capo muere, pero deja el legado de violencia y muerte por todo el territorio nacional. Los jóvenes sicarios, tal como lo expresa Fernando, ya son libre empresa, entonces ocurre un fenómeno lamentable y es que la violencia representada por los sicarios se descentraliza del narcotráfico y está a merced del que se siente con poder y dinero para “ajustar cuentas” con su prójimo. En este sentido, la violencia como régimen tiene una connotación hereditaria en la

¹⁴ Sobre esto Juanita Aristizábal en su texto El pecado del escándalo: Dandismo y modernidad en Fernando Vallejo plantea que el personaje de *La Virgen de los sicarios* se relaciona con las ideas de la modernidad, entre ellas la fundamental para el desarrollo de la razón humana que es la muerte de Dios.

medida que la novela acusa que la sociedad colombiana solo ha evolucionado en sus formas de matar, ya no a machete sino a balazos (Vallejo, 2011, p. 34).

Por último aparece la religión como un régimen fundacional de la Nación. En la novela se acusa de ser una institución alcahueta que favorece la pobreza con sus ayudas y recibe predios del narcotráfico cual vil testaferro del capo. El significado de los símbolos religiosos hace parte del discurso violento de la novela y justifican el actuar de los sicarios, son los ángeles exterminadores que han bajado a despoblar a Colombia de la gente mala. Entonces la religión se une a esa visión de colombianidad desde la relación que establece con los otros regímenes en la medida que por esencia es el depositario de una fe pobre y violenta.

En esto recae la fuerza literaria del texto, ya que se centra en la forma como crea el espacio narrativo para desarrollar en él un reflejo de la sociedad y a partir de ello hacer una propuesta reflexiva sobre la imagen que se conserva de la sociedad colombiana. *La Virgen de los sicarios*, en su estética violenta, tiene una carga patriótica en la medida que se enfoca en develar sin eufemismos unas problemáticas socio-culturales que superan con creces la ficción literaria de la novela. Con esto no quiero decir que la novela de Vallejo sea un texto político, aunque en parte esa es una de las funciones de la literatura, sino que en su estilo radical dibuja una Colombia que debe rehacerse. Por ello, hablar de colombianidad a partir de estos regímenes, tuvo como objeto ver cómo se ficcionaliza una realidad para verla más cruda y así reflexionar sobre ella.

“BUENO PARCERO, AQUÍ NOS SEPARAMOS, HASTA AQUÍ ME ACOMPAÑA USTED” (Fernando)

Muchas gracias por su compañía y tome usted, por su lado, su camino
que yo me sigo en cualquiera de estos buses para donde vaya,
para donde sea.
(La Virgen de los sicarios, p. 140)

Al estilo de la narrativa de Vallejo, vuelvo mi vista atrás al final de este trabajo para, a manera de conclusión, reflexionar sobre las particularidades y la importancia de esta investigación, sobre sus frutos, sus problemas y sus límites. Del mismo modo, dedicaré unas cuantas líneas a las ideas que se esbozaron y que pueden servir para futuras lecturas críticas de *La Virgen de los sicarios*.

El motivo principal que direccionó este trabajo fue dar un significado colectivo a las interpretaciones críticas sobre *La Virgen de los sicarios* que encontré separadas sobre la pobreza, la violencia y la religión, y así presentar unidos estos elementos dentro de su contexto histórico y sociocultural en lo que denominé la colombianidad de Vallejo. Aquello que me movió a emprender este proyecto fue la falta de una lectura que propusiera una visión global de las características que nos identifican como sociedad en la novela, por tal razón hablé de un proyecto eugenésico enfocado en la valoración crítica de la pobreza como característica retardataria del desarrollo social colombiano. En este sentido, uno de los componentes de la pobreza (auspiciada por la religión) es que perpetua la violencia en el país, por tal razón el tema de la violencia se liga al desarrollo de actitudes sociales arraigadas a la idiosincrasia colombiana. Por último, pobreza y violencia son temas que se unen en la valoración que Vallejo hace de la religión, porque en la novela se sentencia a la iglesia de mendiga y alcahueta. Así, Fernando expone a la institución eclesiástica como una celestina que corteja los amores entre la violencia y la pobreza con sus obras de misericordia, y en una doble moral, estos actos misericordiosos son auspiciados con dineros venidos de la violencia del narcotráfico.

Este recorrido investigativo inició con la pregunta ¿Cómo se representa la visión de colombianidad de Fernando Vallejo en la forma narrativa de su novela *La virgen de los sicarios*? Como ya lo he apuntado en el desarrollo del tercer capítulo, este cuestionamiento me llevó a considerar que el discurso narrativo tiene una función más profunda que la de denunciar las

problemáticas expuestas en la novela. Esta inquietud me condujo hacia la idea de que en la novela se presenta una colombianidad desde las características negativas con las que se asocia al colombiano. Estos rasgos identitarios son la excusa para crear un discurso Nacional en el cual se presenta un carácter histórico, por consiguiente variable, de la realidad del país que el texto reinterpreta de manera crítica, valiéndose de las problemáticas sociales como materia prima para hacer del texto literario un organismo vivo que dialoga con las ideologías políticas, sociales y religiosas del país.

En este sentido, dar una definición de colombianidad en el texto de Vallejo, implicó dar cuenta de dos elementos fundamentales para orientar el trabajo: el lenguaje y el espacio narrativo; estos estructuran el discurso que desarrolla Fernando, el personaje de la novela. En el caso del lenguaje, este se analizó desde la perspectiva del plurilingüismo, es decir, desde la estratificación del lenguaje en la construcción de un discurso social. El estudio de las definiciones de la diatriba como recurso discursivo fue lo que me llevó a inferir que en el subtexto de la novela se camufla una intención de reevaluar la identidad nacional por parte del autor. De esta manera, cada vez que la investigación avanzaba, iba encontrando rumbos que me llevaron a creer que era necesario ahondar en el caso particular de la diatriba, puesto que en la copiosa crítica de Vallejo solo se ve este concepto como una mera invectiva. He de confesar que inicié mi análisis con la misma visión que ubica la diatriba únicamente en la procacidad del lenguaje con el que se narra la novela, pero en las definiciones filosóficas de los cínicos y los estoicos encontré diferentes interpretaciones del concepto que hacen mayor justicia al análisis del lenguaje novelado de la *Virgen de los sicarios*. Por ejemplo encontrar que la diatriba corresponde a un acto discursivo que juzga vicios y por oposición plantea un ideal, me permitió analizar el lenguaje usado por Fernando como un discurso que censura los vicios sociales de Colombia y por consiguiente plantea el ideal de una Nación opuesta a la que él encontró a su regreso. Así mismo, ver la diatriba desde otro concepto como es la idea del sermón que el maestro emite a sus discípulos orientó el análisis hacia la configuración de los personajes de la novela, en el que Fernando construye su imagen y la de sus jóvenes amantes a partir de la descripción subjetiva de las características que él observa y desea presentar. Él, el conocedor de la historia y de las causas de la mala conducta humana y ellos las víctimas y a la vez victimarios de una sociedad descompuesta.

En el caso del espacio es claro, no solo en *La Virgen de los sicarios*, sino en la obra literaria de Vallejo, que su motivo de escritura es su país. De Vallejo tiende a decirse que su discurso es repetitivo y que los recursos enunciativos que emplea son los mismos, pero considero que no es así. En particular en esta novela el espacio tiene una característica especial, pues cobra vida y juega en la novela como un personaje omnipresente que también mata cual sicario. Visto así, Colombia, como pretexto narrativo, es la base de la apuesta crítica de la novela. Por ello el lenguaje y el espacio se inscribieron en este trabajo como una ruta para llegar al análisis de la colombianidad en la novela.

Ubicado el lenguaje y el espacio con el que se desarrollaría mi análisis, me enfoqué en analizar tres regímenes: pobreza, violencia y religión como componentes de una visión de colombianidad en la novela. Al principio del proyecto, estos temas se tomaron por separado como características individuales del sujeto colombiano de la época del narcotráfico. Sin embargo, durante el desarrollo de la lectura y la escritura del presente trabajo, me di cuenta que estos temas estaban íntimamente relacionados y me daban una visión más global del contexto en el que se desarrolló *La Virgen de los sicarios*. Así las cosas, pude concluir que en el tema de la pobreza recae la culpa de la proliferación de la violencia, la muerte y el odio heredado de una sociedad que rápidamente pasó del campo a la ciudad. Del mismo modo el tema de la violencia me permitió hacer relaciones con la fe religiosa no en la descripción de los rituales esotéricos de los sicarios con sus armas y sus rosarios, sino desde el análisis que elaboré respecto a la advocación mariana de María Auxiliadora, con el que justifique el nombre de la novela (apartado 3.4), pues esta virgen historialmente funcionó como la protectora de las guerras cristianas contra el imperio Otomano y sobre todo era la que se invocaba como auxilio a la hora de la muerte, similar a los pedidos de los sicarios colombianos a la hora de salir a matar. La unión de estos tres elementos me permitió unir el discurso y el espacio en la justificación de que efectivamente la novela de Vallejo contiene unos regímenes de colombianidad que ataca con el propósito de evidenciar una sociedad que necesita ser replanteada.

Cabe resaltar en este punto que, a pesar de estar convencido de la lectura que guía este trabajo, soy consciente de la dificultad de desarrollar una idea que recogía otros análisis y no caer en la redundancia temática en el estudio de la novela. Sobre esto, considero que mi aporte a

la crítica se fundamenta en haber puesto en un nivel discursivo la interpretación del concepto de diatriba, además del lenguaje grotesco y a su vez ubicar la ficcionalización de los problemas históricos, sociales y culturales propios de una época en Colombia, en un discurso eugenésico en aras de la visualización de una sociedad próspera, pacífica y laica. Cabe resaltar que el objetivo no fue tomar el texto literario como un texto moralizante o nacionalista, por el contrario, se estudió la novela dentro de los límites que admite el hecho literario. Es decir, que dentro de las ficciones literarias de la novela se recrean realidades que chocan con diferentes sensibilidades, (cristianas, políticas, familiares) por lo que la ficcionalización incorpora una realidad reconocible, sujeta a una reinterpretación artística por parte del autor. Por esta razón, cuando la ficción se sobrepone a la realidad no se puede dejar a un lado dicha realidad, pues esta se mantiene presente (Iser, 2004). Lo anteriormente propuesto es lo que ha permitido apreciar la novela de Vallejo en código literario, pues la historia colombiana, el espacio, los vicios sociales, la violencia, la familia nuclear reproductora y la iglesia se ficcionalizan, se reinterpretan y chocan con los valores tradicionales de la sociedad colombiana.

Desde luego, definir la colombianidad en el contexto literario de la novela trajo consigo el problema de desligarlo de un estudio meramente antropológico. Es fácil llegar al punto de ver solamente el comportamiento humano reflejado en las líneas de la novela y juzgar como bueno o malo el mensaje que proyecta un viejo homosexual que hace una apología a la violencia tal como lo expresa Fernando. Por tal razón mi análisis no se fundamenta en buscar en la novela las costumbres de los sicarios, la jerga de los jóvenes, los rezagos del narcotráfico y las manifestaciones religiosas; sino en centrarme en la composición del relato, la realidad ficcionalizada y la discursividad del texto. Esto abrió una salida hacia el análisis literario que va más allá del componente social que puede analizarse desde otras ciencias humanas.

La colombianidad como fuente de análisis en *La Virgen de los sicarios* puede abrir otras formas de analizar el tema de lo nacional en esta novela, Diana Diaconu ya lo había expuesto desde la decolonización literaria que la obra de Vallejo hace frente al Boom Latinoamericano. Ella plantea que las escrituras del Boom estaban relacionadas con el ideologema¹⁵ de una

¹⁵ El concepto de ideologema que utiliza Diaconu, es el planteado por Bajtín para referirse a todo producto ideológico que se refleja en la literatura a partir de la lectura de la realidad que hace el escritor; la cual

América mágica y que Vallejo, en oposición deliberada hacia el realismo mágico, abrió su horizonte estético hacia una literatura reflexiva de la historia, del poder político y de los procesos socio-culturales en aras de configurar una imagen más próxima de nuestra identidad nacional (2013, p. 437)

De todas las temáticas abordadas para el análisis que se le ha hecho a esta novela, me parece que hablar de una forma particular de colombianidad a partir de la unión de temas como la pobreza, la violencia y la religión me permitió entender mejor la diatriba incesante de Fernando. Por otro lado, ahondar en los conceptos de la sátira, la ironía y la parodia como elementos discursivos en la representación de la sociedad colombiana serán probablemente material de análisis para un futuro trabajo. Ya para cerrar, no sobra advertir que si bien he planteado que la colombianidad permite posibilidades para analizar estéticamente la realidad colombiana, me parece necesario reconocer que he limitado mi análisis a solo tres aspectos de la realidad cultural colombiana, como la pobreza, la violencia y la religión. No obstante se abre la posibilidad de tomar la crítica del proyecto nacional desde otros temas como la familia y así recoger algunos postulados históricos de la regeneración que se dibujan tácitamente en el relato de *La Virgen de los sicarios*.

No puedo concluir este texto sin antes agradecer la cantidad de información que adquirí sobre la historia de mi país durante este proceso de análisis. Por eso considero que *La Virgen de los sicarios* es una novela que devela aspectos de los que nos cuesta hablar como colombianos, pero que son necesarios para abrir un diálogo identitario y concreto de nuestra cultura.

interpreta a partir de su propio mundo ideológico. En este sentido, la idea del ideologema de una América mágica se refiere a los diferentes discursos ideológicos presentes en la literatura del Boom, los cuales se referían a lecturas cargadas de formas colectivas de conciencia social, de tal forma que se situaban en la imagen de un territorio mágico, mestizo y colonizado. Transportado este concepto a *La Virgen de los sicarios*, podría decirse que existe un ideologema de una Colombia violenta presente en la novela y que se extiende hacia las narrativas del sicariato, una idea que abre una futura posibilidad de análisis de la novela de Vallejo.

BIBLIOGRAFÍA.

- Álvarez, M. (2013). El espacio acorralado: un estudio de *La Virgen de los Sicarios* de Fernando Vallejo y “*El gaucho insufrible*” de Roberto Bolaño. *Chasqui*. Vol. 42, No 2, noviembre, p. 15-30.
- Adoum, J. (1980). “El realismo de la otra realidad” en *América Latina en su literatura*. Coordinación e introducción por Cesar Fernández Moreno. Siglo veintiuno editores. 7ª ed, p. 204-216.
- Aristizabal, J. (2013). El pecado del escándalo: Dandismo y modernidad en Fernando Vallejo. *Revista de Estudios Hispánicos*, Vol. XLVII, No 2, junio, p. 291-312.
- Bajtín, M. (1989). “La palabra en la novela”. 1934-1935. *Teoría y estética de la novela*. *Trabajos de investigación*. Traducción de Helena S. Kriukova & Vicente Cazcarra. Madrid: Editorial Taurus, 77-236.
- Barrero, L. (2013). El apocalipsis como recurso poético de supervivencia en la novela *La virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo. *Amaltea*. *Revista de mitocrítica*. Vol 5, pp. 13-32.
- Bourdieu, P. (2002). *Campo de poder, campo intelectual*. Colección Jungla simbólica. Recuperada de: <http://www.redmovimientos.mx/2016/wp-content/uploads/2016/10/Bourdieu-P.-2002.-Campo-de-poder-campo-intelectual.-Itinerario-de-un-concepto.-Editorial-Montessor.pdf>
- Camacho, J. (2013). El narcotremendismo literario de Fernando Vallejo. La religión de la violencia en *La Virgen de los sicarios*. En Ed. Luz Mary Giraldo & Néstor Salamanca *Fernando Vallejo, hablar en nombre propio* (p 215-240). Bogotá. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Castro-Gómez, S. (2008). *Genealogías de la colombianidad*. Bogotá, D.C. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Cruz, M. (2010). La verdadera máscara. Hacia una poética de Fernando Vallejo. *En-claves del pensamiento*, núm. 7. pp. 33-46.
- Cueva A. (2010). Santa Anita, el feudo y el territorio en la nación imaginada por el personaje Fernando Vallejo. *Revista FOLIOS*. Universidad Pedagógica Nacional. Segunda época n. 32. Bogotá, p. 159-170.
- Curtius, E. (1984). *Literatura Europea y Edad Media Latina*. Tomo II. México. Fondo de Cultura Económica.

- Diaconu, D. (2013). El discurso identitario desmitificador de la autoficción: “Colombia linda” y “España castiza”. En Ed. Luz Mary Giraldo & Néstor Salamanca *Fernando Vallejo, hablar en nombre propio* (p 435-452). Bogotá. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Díaz, D. (2008). Raza, pueblo y pobres: Las tres estrategias biopolíticas del siglo XX en Colombia (1873-1962). En Castro-Gómez (2008) *Genealogías de la colombianidad*. Bogotá, D.C. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Díaz, F. (2013). Exilio, subversión y diatriba en la obra de Vargas Vila y Fernando Vallejo. En Ed. Luz Mary Giraldo & Néstor Salamanca *Fernando Vallejo, hablar en nombre propio* (pp 421-434). Bogotá. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Domínguez, M. (2016). *EL ESPACIO EN FERNANDO VALLEJO. Una aproximación literaria al universo diegético, rural y urbano de su narrativa autoficcional* [Tesis de doctorado, Universidad de los Andes. Bogotá] [Tesis de doctorado no publicada].
- Ferrater, M. (2001). *Diccionario de filosofía*, tomo I. Barcelona: Ariel.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la Biopolítica*. México, D.F. Fondo de Cultura Económica de Argentina. Recuperado de:
<http://www.barcelonaradical.net/historico/archivos/upload/michelfoucault,nacimientodelabiopolitica.pdf>
- García, G. (1959). Dos o tres cosas sobre “la novela de la violencia”. Revista Arcadia. No 103 pp. 12-13. Recuperado de: <https://www.revistaarcadia.com/agenda/articulo/dos-tres-cosas-sobre-la-novela-de-la-violencia/36312>
- García, R. (2012, 7 de agosto). *Programa Minuto de Dios*. [Video]. YouTube.
<https://www.youtube.com/watch?v=PJvo7SB9TZY>
- González, J. (2013). Fernando Vallejo: una nota *queer* en la narrativa colombiana. En Ed. Luz Mary Giraldo & Néstor Salamanca *Fernando Vallejo, hablar en nombre propio* (p. 191-202). Bogotá. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Hoyos, H. (2010). La racionalidad herética de Fernando Vallejo y el derecho a la felicidad. *Revista de estudios sociales*. No 35, p. 113 – 122.

- Iser, W. (2004). Ficcionalización: la dimensión antropológica de las ficciones literarias. *Revista Cyber Humanitatis*. No 31. Recuperado de:
https://web.uchile.cl/vignette/cyberhumanitatis/CDA/texto_sub_simple2/0,1257,PRID%253D14079%2526SCID%253D14081%2526ISID%253D499,00.html
- Jaramillo, A. (2005). *Nación y melancolía: Narrativas de la violencia en Colombia (1995-2005)*. Bogotá, Colombia. D´vinni Ltda.
- Maingueneau, D. (2002). Problèmes d’ethos. *Pratiques: théorie, pratique, pédagogie*, 113/114, 55-67. (Traducido y seleccionado por M. E. Contursi).
- Mignolo, W. (2007). *La Idea de América Latina*, La Herida Colonial y La Opción Decolonial. Editorial Gedisa, S.A. Barcelona (España). Recuperado en:
<https://es.scribd.com/doc/130753026/1-Walter-Mignolo-La-Idea-de-America-Latina-La-Herida-Colonial-y-La-Opcion-Decolonial> Visto: 27 de abril de 2017
- Morales, B. (2013). La violencia urbana en *La Virgen de los sicarios*. En Ed. Luz Mary Giraldo & Néstor Salamanca *Fernando Vallejo, hablar en nombre propio* (pp 265-288). Bogotá. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Muñoz, B. (2013). La violencia urbana en *La Virgen de los sicarios*. En Ed. Luz Mary Giraldo & Néstor Salamanca *Fernando Vallejo, hablar en nombre propio* (p. 265-288). Bogotá. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Oliver, J. (2004). *Historia de la filosofía antigua* “cínicos y socráticos menores”. Recuperado de:
https://books.google.com.co/books?id=Q8aPGPoxDdEC&pg=PA209&lpg=PA209&dq=historia+de+la+diatriba&source=bl&ots=_QxQo1mlTZ&sig=DdZ-wHj-G9Rlb1s2WMje4PiGPKE&hl=es419&sa=X&ved=0ahUKEwjFu9TDufvVAhWB5iYKHRvfBFkQ6AEIRTAI#v=onepage&q=historia%20de%20la%20diatriba&f=false
- Ortegón, O. (2013). Cuando escandalizar es también secularizar: el caso de *La Virgen de los sicarios*. En Ed. Luz Mary Giraldo & Néstor Salamanca *Fernando Vallejo, hablar en nombre propio* (pp 289-308). Bogotá. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Real Academia Española. (2018). Diatriba. En *Diccionario de la lengua española* (Edición del Tricentenario). Consultado el 14 de febrero de 2018.
- Renan, E. (1882) *¿Qué es una Nación?* Recuperado de:
http://perso.unifr.ch/derechopenal/assets/files/obrasjuridicas/oj_20140308_01.pdf

- Rengifo, A (2007). El sicariato en la literatura colombiana: Aproximación desde algunas novelas. Cuadernos de postgrado. Escuela de Estudios Literarios. Cali
- Rey, M. (2013). En los frágiles, coloridos y volátiles globos colombianos. En Ed. Luz Mary Giraldo & Néstor Salamanca *Fernando Vallejo, hablar en nombre propio* (pp 25-38). Bogotá. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Ruiz, N. (2011). El desplazamiento forzado en Colombia: una revisión histórica y demográfica. Estudios Demográficos y Urbanos, 26 (enero-abril): [Fecha de consulta: 1 de mayo de 2018] Recuperado de: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31224198005>> ISSN 0186-7210
- Sálesman, E. (2006). *Ejemplos marianos*. San Pablo Ecuador. Recuperado de: <https://books.google.com.ar/books?id=Fl77Sb2Zp6gC&pg=PA20#v=onepage&q&f=false>
- Serrano, E. (2016). *¿POR QUÉ FRACASA COLOMBIA?* Bogotá, Colombia. Editorial planeta.
- Torres, A. (2010). Lenguaje y violencia en *La Virgen de los Sicarios*, de Fernando Vallejo. *Estudis Romànics* [Institut d'Estudis Catalans], Vol. 32 (p. 331-338) DOI: 10.2436/20.2500.01.58
- Vallejo, F. (2011). *La Virgen de los sicarios*. Bogotá, Colombia: Editorial Alfagura
- Villanueva, D. (2004) *Teorías del Realismo Literario*. Madrid. Recuperado de: <https://diezynuevefilos.files.wordpress.com/2009/03/dario-villanueva-realismo-intencional.pdf>
- Von der Walde, E. (2000). «La sicaresca colombiana. Narrar la violencia en América Latina», Nueva Sociedad, 170, noviembre-diciembre 2000, Recuperado en:http://nuso.org/media/articles/downloads/2928_1.pdf visto: 15/11/2016